



Su
Fría
Mirada

Raimundo Ruiz Toca

Su Fría Mirada.

Título Original: Su Fría Mirada

©Raimundo Ruiz Toca, 2018

Número de Registro: M-005431/2018

Reservado todos los derechos. «No está permitida la reproducción total o parcial de esta obra, ni cualquier tipo de tratamiento, ya sea informático o mecánico, así como su transmisión por ninguna clase de medio, electrónico, fotocopia o cualquier otro método, sin el permiso expreso, previo y por escrito del titular del *Copyright*. El *Copyright* estimula la creación, la variedad en el ámbito de las ideas y promueve la expresión artística. Gracias por comprar esta copia autorizada de la obra»

Los personajes, lugares y hechos descritos en esta obra literaria son completamente ficticios. Cualquier parecido con personas reales, sucesos o localizaciones reales es pura coincidencia.

Su Fría Mirada.

por Raimundo Ruiz Toca.

Para N. por el viaje que en su momento hice.

Para A. por el viaje que a diario hago.

Para H. por CLMELT.

I. Tengo que salir.

Matías Ariza se despertó de mala gana y agitado. Aun frotándose la cara y con la vista medio borrosa, sentía que la metálica campana matutina le taladraba la cabeza. Todos los días la misma historia. El estridente sonido era el pistoletazo de salida en la vida diaria del madrileño Hospital Psiquiátrico de San Carlos. Sí, una parte del personal tenía turnos rotativos —por lo que la actividad del centro nunca decaía—, pero el ajetreo verdadero en aquel edificio lo otorgaban los pacientes, con sus charlas, sus trasiegos, sus anécdotas... sus crisis.

Y como todos los días, Matías cumplía con su pequeño ceremonial. Desde el día en que nació siempre fue de despertar lento y pesado, aunque evitaba prolongar ese estado de agonía, propio del que tarda en levantarse de la cama. Aquel tira y afloja le fastidiaba, le incomodaba hasta el enfado y, en ese ese estado de ánimo, ya no había marcha atrás a lo largo de toda la jornada. Así que, de una forma natural, siempre intentó despertar con tiempo suficiente para desperezarse al ralentí, sin abandonarse a la cama, pero a su ritmo, sin sentir la incomodidad de las prisas. Nunca hizo falta que su madre lo despertara, lo que siempre causó en ella cierta inquietud. Aunque llegara diez minutos antes de la hora, Matías la estaba esperando bien despierto. Era un caso paranormal de niño que no forcejeaba con su madre para madrugar. Y en esa rutina, se mantuvo confortablemente durante mucho tiempo.

Pero en este mundo nada es inamovible, y llegó el día en que conoció a Esther, a su ex mujer. Y de su bracito —delgado y frágil— vendría posteriormente La Gran Bruja. A partir de entonces, los polos se derritieron, la alegría de los niños desapareció en las calles y en la vida de Matías cambiaron hasta los despertares. Al principio de una forma sutil, en la que una llamada esporádica siempre venía acompañada de un “¡Oh! Disculpa la hora, pero...” Más adelante, habiendo pasado por la fase de llamadas continuas a cualquier hora, siguieron las visitas a disponibilidad completa. Por último, llegaron las revisiones militares disciplinarias.

En el periodo final de convivencia, ironizaba divertido con cualquiera que lo escuchara, diciendo que La Gran Bruja lo agotaba con algún ritual, algún tipo de vudú que drenaba su resistencia mental, ante la cómplice pasividad de Esther. Y es que no había nadie como ella para absorber de forma total y absoluta la energía vital de las buenas personas. Con su retorcida mente, con esa maestría inmisericorde, clavaba su lanza dialéctica en el punto que se revelaba más vulnerable. En su “gran libro de gestas” había algunas hazañas propias de quedar enmarcadas en las Cruzadas, en la Gran Guerra o en el mismísimo Holocausto.

Pero esta vez La Gran Bruja había llegado demasiado lejos y Matías estaba dispuesto a pararle los pies. Alguien debía enseñarle que todo el mundo, ella incluida, tenía que respetar los límites. Aunque de momento ese tema —como decían los cómics de Conan—, *era otra historia*.

Esa mañana tenía el ánimo alterado y le dolía la cabeza. Medio mareado, sus pensamientos estaban invadidos por una descomunal ira, que lo hacía arder hasta el último recodo de su mente. Pero no tenía nada que ver con la manera en la que había despertado sino con un asunto más delicado. Comenzaba a recordar los hechos que habían desembocado en la situación que estaba viviendo. La injusticia que estaba sufriendo y todas esas ideas, que acudían a su cabeza, despertaban en él un estado emocional casi homicida.

Por otro lado, se sintió aliviado al descubrir la perspectiva, determinación y sangre fría con la que pudo analizar la situación en la que se encontraba. Había luchado por tener un mínimo de consciencia, por pequeña que fuera, intentando sacudirse el aturdimiento en varias ocasiones, pero no se había planteado su situación. Al final, un día fue capaz de ver *la foto completa*, y Matías Ariza pudo sentir que lo tenían tan drogado que no sabía ni donde estaba. Revertir de alguna forma la situación pasaba por una primera fase imprescindible. Debía encontrar la manera de no tomar el tratamiento que le suministraban.

Así, desde aquel preciso momento, Matías demostró una sumisión total y absoluta, tanto a la hora de comer como en la ingesta de la prescripción médica. Al término de aquel ceremonial gastro-farmacéutico, se las apañaba para encontrar algún espacio donde poder vomitar en una bolsa de plástico que había conseguido ocultar. Posteriormente, con más tranquilidad y sin

sospechas del personal, la vaciaba y lavaba en el baño común. Aquel plan no podía admitir fallo alguno. Su claridad mental dependía de ello.

Minuto a minuto fue ganando en agudeza, pero también en la debilidad, que trae consigo el ayuno. Apenas conseguía digerir algo de comida. Tan solo algún resto que encontrara abandonado en el salón. Se sentía afortunado si conseguía un trozo de chocolatina de contrabando, en las manos de algún enfermo después de la visita de un familiar. También en alguna ocasión, y con mucho esfuerzo, consiguió disuadir al personal del comedor de llevarse consigo una manzana, bajo la excusa de que en aquel momento no le apetecía. Cualquier cosa que pudiera comer después de haber vomitado, que no era ni de lejos la cantidad recomendada para una buena nutrición, era bienvenida. Así, al tiempo que se iba debilitando, fue llegando a la conclusión de que el factor alimentación obligaba a aprovechar la primera oportunidad que tuviera.

Esperó varios días a que llegara el día D, el momento en que considerara que estaba en condiciones de actuar. Y aquella mañana, sentado en la cama, llegó a la conclusión de que estaba preparado. Era hora de iniciar el plan. Entró en su cuarto de baño y desenroscó el pulsador de la cisterna para acceder a su interior. Notaba que aún le temblaban las manos, por efecto de la medicación, pero ya poseía cierta destreza en sus movimientos. Al levantar la tapa de loza, se centró tan solo en la vara metálica que estaba unida al flotador. Desarmó las piezas necesarias y la extrajo. Una vez en sus manos, torció un par de centímetros del extremo para hacerle un pequeño mango. Comprobó que aquel instrumento descansaba correctamente en la palma de su mano, que incluso podía ejercer presión. Una vez satisfecho, volvió a montar la cisterna, ya sin flotador y con la llave de paso cortada.

Con la vara en la mano, Matías regresó al dormitorio y cogió una de las zapatillas deportivas —sin cordones, tal y como le obligaban—, con la que se calzaba. Con cautela, tanteó la dureza de la suela con el punzón improvisado. Empujando poco a poco y con cierto esfuerzo, lo hundió por el talón hasta esconderlo.

A partir de entonces, Matías estaría pendiente del más mínimo detalle, analizando los factores aislados de cada situación, sopesando los aspectos en favor y en contra. Así, a la mínima oportunidad, lucharía con todo su ser para que su plan saliera adelante. Solo tenía una posible vía de escape y todas sus

acciones debían centrarse en esa remota posibilidad de escapar.

Bajo ningún concepto podía permitir que la Gran Bruja se saliera con la suya. Ella, que se creía tan poderosa y con tantos recursos, no iba a poder impedir que todo el mundo conociera la magnitud de su delito. No evitaría que su crimen quedara expuesto en el lugar que le correspondía. No se escaparía de pagar por todo lo que él había sufrido.

A todo cerdo le llega su San Martín.

Miró el reloj y contempló con alivio que tenía tiempo para darse una ducha. Excitado por lo que tenía que llegar, se desnudó mientras que llevaba el agua al punto de ebullición. Con independencia de la estación del año, siempre se duchaba con agua muy caliente. Le gustaba sentir el calor en su piel, que humeaba conforme entraba en contacto con semejante caldo abrasador. Durante un momento pensó que podría ser la última vez que hiciera aquello, pero prefirió no pensarlo. Aquel momento era su pequeño respiro antes de liarla y ningún pensamiento, por muy posible que fuera, lo iba a arruinar. Ya en plena ducha, la sensación del agua caliente cayendo desde su cabeza hacia los hombros lo relajó, al tiempo que notaba que su mente se despertaba en mayor medida que otros días.

El plan funciona. Hay que tener cuidado de no cagarla.

Después de vestirse salió de la habitación, camino del comedor. Sabía que era de vital importancia mantener una actitud pasiva, la cabeza gacha y una expresión en los ojos lo más neutra posible. Era crucial pasar desapercibido ante la mirada de los celadores, no despertar ningún recelo que alertara a aquella gente, acostumbrada a tratar con enfermos sedados. Para conseguirlo debía ser invisible. Y para eso no había método más efectivo que bajar la mirada y seguir hacia adelante.

Una vez vestido y fuera de la habitación, siguió la línea roja que le indicaba en el suelo el camino que debía seguir. Apenas recorrida la mitad del pasillo, Matías se encontró con una pareja de pacientes, que esperaban en la entrada de una de las habitaciones, conformando una imagen bastante peculiar.

Uno de ellos era delgado, de piel cetrina, con la mirada perdida y sin

atisbo de actividad en su cabeza. Mientras que el más inquieto bien podría haber sido un gran oso pardo, tanto por su estatura como por la cantidad y color del pelaje. A diferencia de su inexpresivo amigo, el Gran Grizzli estaba inquieto y contrariado. Con los brazos en jarra, chasqueando la lengua, constante mirada al techo y una entonación afectada. Toda aquella imagen en su conjunto bien recordaba a la sobreactuación de un mal actor de teatro, aficionado al aspaviento.

—¡Vamos lento, se nos enfrían las tostadas!

—¡Déjame en paz! —dijo una voz desde el interior, tensa, pero resignada al espectáculo que su gran amigo le debía regalar todas las mañanas—. Como si no te las fueras a comer si las encuentras frías.

—¡Por supuesto que me las comería, pero ya no se disfrutaban igual!

De inmediato, la colosal cabeza del grandullón se giró con rapidez, al notar la presencia de Matías, que bajó la cabeza sin saludar, en un intento de no entablar contacto con nadie. Así, mirando intencionadamente al suelo, rebasó la pequeña reunión y prosiguió con su camino. Segundos después la *Gran Contienda por la Tostada en Condiciones Dignas* prosiguió como si él nunca hubiera pasado.

Le asaltó el pensamiento de lo fácil que había resultado pasar desapercibido y una pequeña punzada de tristeza mermó su ánimo. Matías no sabía precisar, pero no debía ser demasiado el tiempo que llevaba en el psiquiátrico. A eso había que añadir que en toda su estancia lo habían mantenido drogado. En aquellas condiciones, no se habían dado demasiadas oportunidades de entablar ninguna amistad.

Aun así, ya antes de entrar en aquel sitio se sentía solo, terriblemente solo. Nunca había disfrutado de una gran cantidad de amigos, pero en esta última fase de su vida no había tenido relación directa más que con Abel, su único hermano y con quién mantenía una relación un tanto especial.

Pero la tristeza que sentía no era provocada por haber pasado desapercibido delante de aquellos personajes y sus tostadas, sino más bien por constatar que, después de ingresar en aquel selecto club, su soledad no había

mejorado. De hecho, ya no disfrutaba ni la presencia de la única persona que siempre estuvo a su lado. Su hija Natalia.

Como otras veces, se sintió espoleado al pensar en la ausencia de la niña. No era la primera vez que se encontraba en aquel estado y conocía muy bien qué se sentía. Sabía de esa sensación de que todo pareciera mentira, y que el cuerpo le sugiriera que iba a verla en un par de horas. Sabía de la tristeza cuando aceptaba que no iba a ser así. Sabía de la ansiedad, cuando pensaba en que no tenía ni idea del momento en que podría abrazarla. Sabía todo lo que esos sentimientos lo castigaban. Entonces era cuando le urgían las prisas, la necesidad de salir de aquel sitio y ver a su hija.

A veces se agobiaba por no saber si había pasado el tiempo de cautiverio suficiente para que Abel notara su ausencia. Otras, se preguntaba si existiría alguien más en su misma situación. No paraba de pensar si aquel centro sería una tapadera para que gente con recursos —gente como la Gran Bruja— lavara sus trapos sucios, sus errores cometidos en la vida, sin respetar ningún atisbo de ética, sin atender a ningún tipo de legalidad. Al final siempre llegaba a la conclusión de que, en caso de hubiera alguien en la misma situación, su mente estaría más cerca del maravilloso Reino de Narnia que de la cruda realidad que tenía delante.

Aquella conclusión quedó interrumpida por el acaramelado olor a café y los bulliciosos sonidos de un comedor en plena actividad. Matías traspasó la puerta que daba acceso al comedor, observando a los cocineros a través de los ventanales del fondo, a los celadores atendiendo a los enfermos, que esperaban en riguroso orden. El hospital había cosechado una trabajada fama de buena cocina y el desayuno era de excelente calidad. Muy comentado era su maravilloso café descafeinado —que la dirección mandaba traer directamente de una comunidad cafetera hondureña, y que nada tenía que envidiar a un buen café selecto—. De todas formas, él nunca lo aprovechaba.

Al igual que el resto de mañanas, se pidió un par de espartanas tostadas de mantequilla con leche muy caliente. Echó un vistazo y, tras pensarlo unos segundos, eligió una mesa vacía, desde donde conseguía una panorámica completa del comedor. Enseguida cayó en la cuenta de que había tardado mucho menos tiempo que otros días en elegir un sitio. En otro momento, aún estaría embobado en sus pensamientos, de pie, en medio de la sala e

intentando decidir entre un mar de asientos. Pero hoy había tomado la decisión con rapidez mental y eso eran buenas noticias. Comenzaba a recobrar su habitual agudeza, que le hacía valorar con celeridad hasta el más ínfimo detalle que pudiera ocurrir a su alrededor. Se sentía más seguro por su claridad de ideas y porque su mente volvía a fluir. Tenía la ansiedad controlada del que se sabe preparado para un evento que está a punto de llegar. Sí, la máquina funcionaba, pensó al tiempo que le daba un precavido sorbo al ardiente vaso de leche.

De repente, la bulliciosa normalidad del comedor se vio quebrantada. En la sala entraban los dos pacientes con los que se cruzó en el pasillo. Iban acompañados de un tercero, al que Matías atribuyó los comentarios que antes sonaban en el interior del dormitorio. Era un hombre de aspecto malhumorado, tal vez hastiado por tener que escuchar las protestas del Gran Grizzli, por aguantar de forma continua los comentarios acerca de cómo una tostada fría endurecía el pan. Y comérsela en ese estado era malo para las encías. Y una vez las tenías enfermas, se caían los dientes. Y sin dientes no se podía disfrutar del maravilloso placer que regalaba un par de tostadas. De esa forma, volvía de nuevo al comienzo del mismo razonamiento, que repetía de forma machacona y obsesiva. Así, la nerviosa y pasiva resignación que antes vio en el hombrecillo, iba evolucionando y ya aspiraba a ser un activo y molesto enfado.

Por la dureza de sus respuestas, se notaba que aquel personajillo estaba a punto de estallar. Matías miraba, con cierto divertimento, su extrema delgadez, su pelo desgredado y pelirrojo, además del tono irritado de su voz. Más que una persona, se le antojaba la encarnación de una cerilla recién encendida.

—¡Cállate de una vez! Ya estamos en el comedor y ahí siguen tus puñeteras tostadas.

—No se trata de que sigan ahí sino de comerlas en su momento justo y en las condiciones oportunas.

—¿Condiciones oportunas? ¡Tío, son unas malditas tostadas! No hay nada científico en un par de tostadas. Solo a un puto tarado como tú se le ocurriría hacer ciencia con algo tan trivial como unas tostadas.

En aquel momento el Gran Grizzli clavó su mirada en el hombre—fósforo, con los ojos desorbitados, las aletas de la nariz exageradamente abiertas y los dientes en tensión, mientras masticaba cada palabra con agresividad contenida.

—¿Qué me acabas de llamar? **NADIE** me llama tarado.

—¡Pues no te comportes como un tarado de mierda!

La situación avanzaba inexorablemente hacia el conflicto. Cada comentario defensivo que el Grizzli realizaba, recibía una agresiva contestación de su contendiente, que finalizaba llamándolo “tarado”. Como no podía ser de otra forma, cada uso de la coletilla acentuaba aún más el enfado del acalorado grandullón. En la televisión sonaba de fondo un documental que repasaba el rock de los años 90, lo que terminaba de dar a la escena un aire de combate de lucha libre profesional.

Señoras y señores, esta noche les presentamos al Gran Oso contra la Gran Cerilla Humana.

Mientras que la tensión iba en aumento, Matías advirtió que, desde el pasillo opuesto, había acudido Jaime —el celador más cercano— con intenciones de poner fin a la contienda. Como responsable de sala en aquel turno, debía mantener el orden en la zona, razón por la que fue el primero en acercarse de forma preventiva.

La tragedia estaba servida y Matías comprendió de inmediato que era la oportunidad que estaba esperando. Era momento de reaccionar y, de forma cautelosa y progresiva, se levantó de su asiento.

—No me vas a llamar tarado ni una sola vez más —advirtió la gran bestia, con una oscura sonrisa en la que solo reinaba el animal, donde ya no quedaba rastro del meticuloso erudito en el arte de hacer tostadas.

Con tal panorama, en el momento en que sonara una sola vez más la dichosa palabra, los fuegos artificiales comenzarían y todo se dispararía de forma irreversible.

—¡No quiero oír ni una palabra más, chicos! —ordenó Jaime con autoridad a los dos gallos del corral. Aquella orden alertó a los otros dos enfermeros que lo acompañaban, que comenzaron a acercarse al proyecto de trifulca.

—Pues no te portes como... —insistió el pelirrojo toca-huevos, ignorando la orden que le habían dado.

—No te lo repito más. Te vas a arrepentir —amenazó el Gran Grizzli entre dientes, masticando agresivamente las palabras y con la actitud propia de un animal acorralado.

—...tarado de mier...

El documental de la televisión rescataba el tema *Wanted Dead or Alive*, de Bon Jovi. La tensión de la escena, ambientada por aquella banda sonora, había degenerado a algo más salvaje, a una pelea sucia en la que todos esperaban un duelo, con cierto regustillo a western de Hollywood.

—*I've been everywhere, still, I'm standing tall* —cantaba el solista como si no fuera con él, para continuar con voz rasgada—. *I've seen a million faces. And I've rocked them all.*

Matías analizó la distancia, cada vez más corta, que mediaba entre los dos celadores y Jaime. Era el momento perfecto de tomar ventaja, mientras los tres aún estaban separados, cuando aún no se daban cobertura. Se movió con agilidad para encontrar la posición adecuada que lo acercara al tumulto, pero mientras lo hacía, pudo ver de pasada como uno de los celadores había visto la jugada, e iba directo a por él.

—*'Cause I'm a cowboy. I've got the night on my side.*

El gran oso se abalanzó de una forma pesada pero efectiva, agarrando la cabeza de un sorprendido hombre fósforo, al tiempo que Jaime hacía cuanto podía para frenarlo.

—*I'm wanted, dead or alive.*

Matías intentaba ganar la espalda del sanitario, en un duelo de velocidad con celador que iba hacia él desde el lado opuesto. Mientras, el campo de batalla estaba servido, el altercado había crecido en participantes y el desconcierto iba aumentando de forma exponencial. La situación se había convertido en el escenario perfecto para exhibir las miserias de los enfermos, definiéndolos por las afinidades del día a día, dirimiendo sus *pequeñas diferencias* a base de golpes.

Cuando Matías tuvo enfilada la espalda de Jaime, y evitando a un par de enfermos que se le cruzaron, juntó las manos, extendió los brazos y asestó un violento mandoblazo con los puños, en el oído del celador. El enfermero, que en aquel momento intentaba evitar que alguno de los pacientes se matara, cayó al suelo de inmediato.

Todos se paralizaron durante un momento por la sorpresa.

Todo ocurrió de forma trepidante. Matías sabía que aquellos segundos eran de vital importancia y se agachó con rapidez. Desenvainó la vara de metal que ocultaba en la zapatilla y, una vez tuvo en la mano el improvisado estilete, introdujo la punta en el oído de Jaime, al tiempo que lo agarraba del cuello.

Ante aquel inesperado suceso todos se estremecieron, mirando al captor y a su presa, con una mezcla de prudencia e incredulidad.

—Siento mucho esta situación —dijo Matías jadeando mientras que incorporaba a Jaime—, pero ya no me vais a encerrar más. ¡Si alguien se acerca le taladro el cerebro! Es hora de que me devolváis a mi hija y nos dejéis vivir en paz.

—No... no hagas algo que pueda acabar mal —advirtió con voz temblorosa el celador mientras que con las manos indicaba a sus colegas que no se acercaran más—. ¿Por qué no esperas a que venga el doctor Mellado y hablas con él?

—¡Que venga quien te dé la gana! ¡Pero quiero a mi hija y quiero salir de aquí!

El grupo comenzó a pasar la voz para buscar al doctor Mellado. De

pronto, Matías cayó en la cuenta de que había llegado hasta donde su imaginación le había permitido. Allí estaba, plantando cara a todo y con un rehén en su poder. Nunca tuvo una mínima esperanza de que su plan pudiera tener éxito, razón por la que no desarrolló la siguiente fase. Su situación era bastante apurada porque, en efecto tenía a Jaime como rehén, pero el enfermero no era nadie para los que realmente mandaban. Su plan se iría al traste con tan solo una frase:

Ok, mátalo, pero no vas a salir.

Sus pensamientos se interrumpieron cuando, de entre el grupo que se arremolinaba en torno a él, se hizo camino un hombre de mediana edad, complexión delgada, estatura moderada y aspecto un tanto desaliñado. Llevaba la típica bata blanca de facultativo, que apenas lograba esconder el desastre de su indumentaria: unos pantalones marrones de pana vieja, algo sucios, acompañados de una camisa verde de cuadros amarillos, por la que bien se podría haber ganado treinta años de cárcel. En su cara, redonda de piel clara, resaltaban una ensortijada melena aun creciendo, una tupida barba de color castaño y unas gafas redondas de montura fina. Mordiéndose con nerviosismo el labio y frunciendo el ceño, sus ojos verdes reflejaban una tensión que apenas conseguía disimular. El doctor Mellado alcanzó la primera fila del poblado grupo de gente y preguntó:

—Buenos días Matías. ¿Me puedes decir que quieres conseguir con esto?

—¡Doctor, no sea cínico! Sabe lo que quiero y sabe lo que me han arrebatado. Pero esto se va a acabar. ¡No quiero ni más preguntas, ni más evasivas! Quiero que me den a mi hija y nos dejen salir a salvo. Y nos tienen que garantizar que todo seguirá como estaba la semana pasada. Si no lo hacen, ustedes responden de Jaime —amenazó Matías.

—¿Y qué te hace creer que todo puede volver a estar como la semana pasada? ¿Por qué piensas que la semana pasada estabais mejor? Mira, acepta la situación en la que estás ahora mismo y.... trabajaremos para mejorarla.

A Matías se le hacía muy complicado mantener el control. Estaba descubriendo de la forma más dura que se había equivocado juzgando su estado actual. Sí, dejar la medicación le había otorgado claridad mental, pero

no había descansado el tiempo suficiente como para enfrentarse a una situación de estrés, con tal cantidad de variables. Y a eso había que añadirle el tema de la falta de alimentación. Le dolía la cabeza y a veces se le nublaba la vista. Aun así, iba a resistir. Lo haría por ella. Lo haría por su hija.

Mientras que dirigía su mirada al enjambre de personas arremolinado frente a él, pensó en el último día que vio a Natalia. El triste día en que todo aquello se había precipitado para dar con su vida al traste, acabando en aquel maldito lugar.

Mientras lo miraba con agrio resentimiento, reflexionó sobre la pregunta que le había formulado el doctor Mellado. ¿Era mejor su situación anterior? La respuesta era clara: por supuesto. Su vida estaba sembrada de todas las dificultades que le *había regalado* la Gran Bruja, haciendo uso de todo su dinero e influencia, pero habían podido resistir a todos los envites de su antigua suegra. La razón de aquella resistencia era bien sencilla, pero a la vez constituía el aspecto más importante de toda aquella situación. En aquel momento estaban juntos. El resto, si su hija estaba a su lado, podía superarse.

Al pensar en aquellos días, tenía la sensación de que hubieran pasado años. Los días en que Matías y su hija Natalia, luchaban por ser felices. Los días en que, en medio del infierno, construyeron un refugio. Los días en los que comenzó toda esta historia, porque, como dice el dicho, *toda historia tiene un principio*.

II. Toda historia tiene un principio...

Como cada vez que se olvidaba de apagarlo, el tono de llamada de su viejo móvil despertó a Matías a las nueve de la mañana. *Mierda* —pensó sin haber abierto aun los ojos. No había ni mirado la pantalla y ya sabía quién llamaba. Eso despertaba en él una mezcla de enfado y nerviosismo, no porque le pillara de nuevas, sino por todo lo contrario. Se conocía el guion de principio a fin. De hecho, vivía todos los días la misma situación, los mismos diálogos sin sentido, el mismo *recita, recita y no lo escuches*. Definitivamente aquella mañana no tenía cuerpo para lo que, en los próximos minutos, le tocaba soportar.

—¿El señor Matías Ariza?

—Sí, soy yo.

—¿Puede decirme su DNI y dirección actual?

—Ahórrese toda la parafernalia. Ya mantuvimos esta misma llamada ayer y antes de ayer —dijo Matías con cierto tono molesto.

—Me temo que debo insistir señor. Tenemos una información muy importante que trasladarle.

Sí, claro... La información tan importante es “paga lo que debes cabrón”.

Matías fue respondiendo con resignación, aportando su información personal en las tres preguntas que el operador utilizaba para validar su identidad.

—Señor Ariza, mi nombre es Roberto Aguilar, llamo de parte de su banco y el motivo de mi llamada es saber si ha habido un cambio en el estado de su situación personal por la que no puede hacer frente a la deuda que tiene con

nosotros.

La voz del tele-operador poseía el mismo matiz impersonal que mostraban todos los que lo llamaban, dando la impresión de recitar las tablas de multiplicar, más que aparentar interés por la situación de la persona a la que llamaban.

—No, mi situación es exactamente la misma que ayer a las nueve de la noche, que fue la última vez que me llamasteis —contestó Matías con cierta ironía—. No me han ofrecido trabajo en estas doce horas, aunque he de admitir que la culpa es mía porque he estado durmiendo las últimas ocho.

—No se preocupe señor Ariza —dijo el tele-operador sin haber captado la intención del último comentario—. Aun así, ya sabe que, si desea solventar la incidencia económica que tiene con nosotros, puede pagar con tarjeta de crédito ahora mismo o en cualquier momento llamando al número...

—Tal y como llevo diciendo a sus compañeros desde hace un par de días —interrumpió suspirando—, la única cuenta bancaria que tengo es la que abrí con ustedes y no tengo más tarjetas que las que recibí de su banco.

Matías estaba cada vez más desperezado y al tiempo que despertaba crecía en él una buena dosis de mal genio que, si el tele-operador no ponía remedio, iba a terminar sufriendo.

—Por tanto, no tengo dinero para solventar nada. No hay dinero.

Cero por cero es cero.

—¿Y no sabe si su situación puede cambiar en los próximos días? Recuerde que su deuda acumula intereses de demora, sin tener en cuenta las acciones que nuestra entidad considere oportuno realizar al respec...

Poneos a la cola.

Matías colgó el móvil sin terminar de escuchar lo que le decían. Repetir por vigésima vez aquella conversación había sido demasiado. Era consciente de que la finalidad de aquellas llamadas perseguía más el hostigamiento que

solucionar el problema de una forma razonable. No había motivación constructiva en aquellas charlas matutinas, pero aun así siempre las terminaba con una agria sensación de fracaso. Un día más que no lograba acabar la conversación sin cortarla. Un día más que el nudo en el estómago lo mataba desde la mañana. Un día más que se proponía dar solución a todas aquellas posiciones deudoras, para darse de bruces con la cruda realidad: no tenía dinero para pagar, no tenía trabajo y si la situación seguía así, no tardarían en llegar dificultades mayores.

Hacía tiempo que la innombrable palabra planeaba por encima de su cabeza: EMBARGO. El corazón se le ponía a mil nada más pensar en que pudiera llegar aquella situación. Arrastraba desde varios días una tremenda jaqueca y sentía punzadas en el cuello al ritmo del pulso acelerado. A veces conseguía reprimir todos aquellos pensamientos y sensaciones, otras no. Y cuando no lo conseguía, aprovechando que la niña estaba en clase, todo aquello desembocaba en una tremenda mañana de lloros desconsolados. Después recuperaba el control, se plantaba las gafas de sol y sentía impotente como el estrés se lo volvía a comer. La única acción que podía realizar era observar como todo se repetía otra vez, inmerso en medio de cierto desconcierto mental.

Para colmo de males, fruto de aquellas continuas faltas de concentración, había perdido el poco dinero que había logrado rescatar, justo antes de comenzar a desatender los pagos. Así, ese puñado de euros —que le habrían proporcionado una mínima capacidad de reacción— habían desaparecido un par de días antes, al salir a la calle. Aún arrastraba la sensación de desespero, las terribles ganas de llorar, al llegar a casa y ver que no tenía aquel sobre en el bolsillo trasero del pantalón.

Nos quedamos con el culo al aire.

Aquella situación había tenido un pistoletazo de salida, un hecho puntual que había ido degenerando de la única forma que podía desarrollarse. Se podría hablar incluso del cauce normal de los acontecimientos. Todo había comenzado varias semanas después de solicitar el divorcio a Esther. Cuando se casaron, Matías aceptó su indolente simplicidad. Asumía con resignación su falta de iniciativa y su escasa inteligencia. La clave estaba en lo que él llamaba *un enfoque distinto en las relaciones*. Harto de ver a parejas en las

que trifulca y desamor imperaban durante años, incluyendo alguna relación suya del pasado, había llegado a la conclusión de que podía rebajar el grado de exigencia a la hora de encontrar alguien a su lado. Como contrapartida esperaba tener la vida tranquila de un hombre que no deseaba el más mínimo problema.

Pero Matías cometió el mismo error que comete todo aquel que transige con tontos: creer que este tipo de gente siempre actúan desde la buena fe y, por tanto, sus errores quedarían circunscritos tan solo al ámbito de la voluntad sana. Y así, en el último par de años había pagado el precio de ese garrafal error de cálculo. Presuponer mayor bondad a un tonto era confundir churras con merinas, puesto que tan solo se les debería dar por sentado su déficit de inteligencia. Ella, como cualquier otro tipo de idiota, tan solo haría tonterías, pero no cabe duda de que todo descerebrado que en diez ocasiones se le ocurriera llevar torcida la intención, al menos en una tercera parte, podría pinchar hueso. Y permitir esas cifras era asumir demasiados daños.

Puto Forrest Gump, cuánto daño has hecho.

Por tanto, lo que al principio achacaba a la falta de inteligencia, se terminó rebelando como un tácito consentimiento de su compañera para que la Gran Bruja hiciera, o deshiciera, cuanto se le antojara en la vida que ellos habían proyectado.

Tan solo hizo falta que transcurriera el tiempo necesario. Matías comprendió que aquella relación se pudría —de forma gradual, sin posibilidad alguna de sanar, desgarrándolo por dentro y sacando lo peor de su persona— e hizo lo único que podía hacer. El resultado fue que los “todopoderosos Fernández del Fraile”, con su implacable matriarca al frente, tuvieron que afrontar la terrible humillación de que un común mortal los rechazara.

Así, ante la absoluta pasividad de Esther, los largos tentáculos de la Gran Bruja se extendieron, sembrando la desolación en todo lo que tocaba: el puesto de trabajo de Matías, la hipoteca del antiguo hogar familiar, las deudas comunes o el importe de la cuenta bancaria. De una forma cruel y desmedida, ella tomaba las acciones necesarias para asfixiarlo, para robarle la tranquilidad, para no dejarle capacidad de reacción, para destruirlo.

Pero a pesar de que semejante despliegue de recursos le dejaba a su antigua suegra un regusto de lo más satisfactorio, no era la venganza lo que la motivaba, o al menos no era el motivo principal. El fin de toda aquella ofensiva era recuperar para el clan familiar a Natalia, su única nieta, su ojito derecho; que había optado por quedarse con Matías desde la separación.

Pero Matías seguía aguantando el cerco que formaban abogados, banqueros, psicólogos de dudosa imparcialidad e incluso algún personaje amenazador, que le había sugerido la conveniencia de *que una niña tiene que estar con su madre*. Aun así, se las había apañado para resistir de forma estoica. Y solo había una razón por la que hubiera llegado tan lejos: su hija Natalia, tan solo Natalia.

Al pensar en la niña cayó en la cuenta de que se estaba haciendo tarde. Hoy era el día. El increíblemente “perfe-megachupi-fantástico-día-de-fin-de-curso” con el que Natalia había estado martilleando sus oídos durante la última semana. Era el día en que no se entraba temprano. El día en que no había ni clases, ni exámenes. Era el día de la gran fiesta. Y todo este fantástico evento comenzaba a las once de la mañana, por lo que le quedaba una hora para realizar todos los preparativos.

Matías se levantó de la cama, ignorando el mal cuerpo que le provocaba pensar en todo aquello. Hizo parada técnica para orinar en el cuarto de baño. La tormenta de pensamientos en la que estaba envuelto le hicieron salpicar donde no debía. Notaba que a veces sus pensamientos lo secuestraban, se quedaba mirando al infinito y, de repente, su cerebro había saltado a otra dimensión. Luego volvía a la realidad y descubría que había pasado media hora mirando al tostador y que su desayuno no valía ni para carbón de los Reyes Magos. Ser consciente de aquello no era una sensación agradable.

¡Para ya, Matías! No tienes tiempo para esto.

Farfullando para sus adentros avanzó por el pasillo, abrió con cuidado la puerta del dormitorio de su hija y se quedó observando unos segundos cómo la niña dormía.

Allí estaba. Una jovencita de diez años tumbada boca arriba, con el torso en escorzo y las extremidades bien extendidas. Daba la impresión de querer

abarcar la mayor parte posible de aquella cama de tamaño mediano. El cabello rubio oscuro —cortado a melena— ocultaba un rostro de piel clara. Y en aquella carita residían unos párpados, que desembocaban en pestañas infinitas, y escondían unos grandes y expresivos ojos azules.

Aún dormida, Natalia se apartó el pelo de la cara y descubrió la tensa expresión de su rostro, que a Matías resultaba familiar, y que significaba que su hija estaba incómoda con la postura en la que estaba durmiendo. Pero así era su hija, de idea fijas hasta el final. Adoptando aquella pose imposible a comienzos de la noche y manteniéndola hasta la mañana. Aquel pensamiento lo hizo mirar al techo y suspirar con una sonrisa a medias, mientras pensaba que, una vez más, su hija lo había hecho sonreír en medio de todo aquel drama.

Se acercó con delicadeza y constató que su presencia no había quebrantado el sueño de la niña.

—Despierta dormilona —susurró con cariño en el oído de su hija—. Son las diez de la mañana.

En cualquier otra ocasión Natalia hubiera convertido aquella situación en una lucha pasiva por cada segundo en la cama. Frases como *¡Por favor, ciiiiincoo minutos más!* presentando argumentos tan contundentes como *¡Es que mi cuerpo no me responde!* o subiéndolo a órdago cuando nada funcionaba con *¡Un buen padre siempre quiere que su hija este correctamente descansada!* habrían saltado a la palestra. Pero un día como hoy no pasaría. En el “~~perfe~~–~~megachupi~~–~~fantástico~~–~~día~~–~~de~~–~~fin~~–~~de~~–~~curso~~” era más importante que nunca llegar a tiempo, por lo que Natalia abrió de buena gana los ojos y lanzó una intensa mirada a su padre.

—¡Hoy es el día! —tronó la niña mientras que abrazaba a su padre.

—Eso mismo, hija mía, buenos días —dijo Matías sonriendo al tiempo que su cuerpo cedía hasta recostarse hacia atrás debido al impulso del abrazo de la entusiasmada jovencita.

Esos momentos eran los que insuflaban a Matías de una fortaleza que de otra forma no tendría, llevándolo a niveles extraordinarios de resistencia. Sí, a lo largo de un día en su vida, su estado de ánimo se centraba en la tristeza, el

enfado, nerviosismo, la desesperación. Pero cuando compartía un momento de felicidad con su hija, aquellos sentimientos quedaban temporalmente anestesiados. Aquellos momentos eran su burbuja protectora, el vientre materno para un feto, un santuario donde ningún elemento perjudicial podía intoxicarlo.

La niña se levantó con urgencia y se dirigió al baño, mientras él iba a preparar el desayuno. Echó un vistazo a la cocina bien podía ser declarada zona catastrófica. El caótico escenario era propio de un conflicto bélico, con los platos del día anterior en el fregadero y bolsas de basura en todas las esquinas. No le apetecía lo más mínimo, pero cuando dejara a Natalia en la fiesta del colegio debería ponerse las pilas. Abrió un armario de la cocina y constató que no tenía más cereales que para medio tazón de la niña. Ni dinero, ni cereales, ni posibilidad de conseguir ninguna de las dos cosas. Mañana habría problemas y eso le recordó que ni su ritmo cardíaco, ni su dolor de cabeza se habían relajado en toda la mañana. Apretó los dientes y los ojos se humedecieron mientras que vertía la leche en el tazón.

—¡Papá! ¡Otra vez la tapa del wáter manchada! ¡Eres un rollo! —dijo Natalia mientras que irrumpía en la cocina con mirada furibunda—. ¡No me gusta mancharme el culito!

—Lo siento hija. No sé en qué estaba pensando esta mañana. Por favor, desayuna pronto que se nos hace tarde —se disculpó acercando el tazón y una cuchara a la mesa.

Por fortuna, el enfado de la niña la distrajo del hecho de que el desayuno era bastante escaso. Natalia comenzó a desayunar, pero no paraba el rezo de la reprimenda. Que si la abuela me dice que eso no es higiénico, que si la abuela dice que cómo te sentirías tú si te ocurriera.

Bendita abuela.

Al final Matías cortó la perorata, que ya duraba demasiado, apelando a la única arma que funcionaba en situaciones como aquella.

—Que sepas que esos trocitos de cielo se ponen feísimos cuando me miras así de enfadada —le advirtió para rebajar el tono casi insolente que había

alcanzado el discurso de la niña. Ella quedó de repente paralizada, como víctima de algún hechizo de una película de Harry Potter. Nunca fallaba. Podía parecer bastante ridículo para su edad, pero a la niña le encantaba que su papá aún le dijera que guardaba dos trozos de cielo en la cara.

Los ojos de Natalia poseían una expresividad deliciosa, pero cuando estaba contrariada, su mirada podía alcanzar una fiereza capaz de derribar El Teide. En ese aspecto se podía intuir las “maravillosas cualidades” de la familia de su madre. Pero Natalia no era como la Gran Bruja.

Una vez en la calle, sintieron que la Avenida de la Albufera estaba ya en su máximo apogeo de actividad. Miró al cielo y le extrañó el pronóstico del tiempo que había para todo el día. Se esperaba un día de lluvias de convección, pero el cielo presentaba un celeste despejado, tan solo roto por alguna nube ocasional. Bajó la vista y observó el ajetreo de todos los días. La gente enloquecía para coger el metro, como si dos minutos después no fuera a pasar otro, que los dejaría en la misma situación, y tan solo dos minutos más tarde. Cuando no cogían el subterráneo abarrotaban las marquesinas de los autobuses, haciendo una larga fila que, cuando se desordenaba, era motivo de enfrentamientos bastante desagradables. Y la cosa no mejoraba si se optaba por el transporte propio. La calzada a esa hora siempre rezumaba un tenso atasco, donde los conductores hacían uso indiscriminado del claxon, en un torpe intento de agilizar el tráfico. Ninguna de las opciones era realmente adecuada para levantar un ánimo sombrío.

Matías se detuvo en un semáforo de la avenida, pensando que por fortuna, el caso de ellos no era ninguno de los tres. El colegio estaba cerca y eso facilitaba la opción de ir caminando, dando un paseo, aunque esa mañana tuviera que ser un poco más acelerado que de costumbre.

Entonces le pareció verla.

La primera vez que Matías vio a la Mujer de Mirada Fría fue en aquel semáforo. Él ya no escuchaba los reiterados comentarios de la niña, acerca de las maravillosas actividades que disfrutarían en la fiesta. Esperaban el cambio de color que daba prioridad al peatón, cuando se percató de que, en la acera contraria, la mujer lo miraba fijamente. No había duda, no observaba a nadie más. No era la típica situación en la que uno se siente tonto, cuando descubre

que el objeto de atención es alguien que está detrás. Lo contemplaba a él, sin importarle que fuera consciente. Lo hacía de una forma profunda, intensa, pero que en ningún momento buscaba el contacto visual propio de un flirteo. Era más bien un procedimiento analítico, mezcla de curiosidad, tristeza y cierto escepticismo. Y lo observaba con aquella mirada, tan fría como el celeste color de sus ojos.

Era una mujer joven, con poco más de la veintena, media estatura y complexión delgada. Su pelo castaño conformaba una media melena bien perfilada, a la altura de la nuca. Su vestimenta extrañaba ligeramente: un pantalón de pana y jersey grueso de manga larga, ambos de color negro. Nada estrafalario, pero no entraba en la lógica de un día de plomizo bochorno.

Bueno, hay gente para todo.

El semáforo cambió de color y tanto ella como él comenzaron a cruzar la calzada. El momento en que se encontraron en mitad del camino se sostuvo en el tiempo, casi al ralenti, mientras la mujer se quedaba mirándolo de una forma aún más fija. Al rebasarla, Matías pudo notar cierta disconformidad en su rostro, aunque matizada por la gélida indiferencia de la que ella hacía gala.

Había sido un momento extraño. No es una situación que pase todos los días. ¿Qué miraba esa mujer? ¿Porque esa expresión? Tal vez fuera personal de alguna de las empresas que conformaban el fantástico club de fans, llamado *Paga de una bendita vez*. O tal vez no fuera más que se estaba volviendo un poco paranoico. Sin duda, ésa era la opción más factible, pero no podía evitar el pensamiento de que tal vez alguno de esos cobradores hubiera dado un paso adelante para... encontrar otras formas de motivación al pago. Matías esbozó una sonrisa de irónica desgana. Cuando ya creía haber superado el récord de palpitaciones por segundo, producidas por el estrés, ocurría cualquier otro suceso que pulverizaba la marca. Y encima el dolor de cabeza no lo dejaba ni pensar.

—Papá, y la yincana será genial— le decía su hija emocionada.

El ancestral tono de Nokia comenzó a sonar en el móvil de Matías y éste se apresuró a mirar la pantalla. A pesar de no tener archivado ningún número en la agenda, reconoció aliviado el que realizaba la llamada.

—¿Qué pasa? ¿No tienes nada mejor que hacer que llamar a un delincuente? Yo que tú revisarías tu lista de amistades —dijo Matías con tono de fingida seriedad, tras descolgar la llamada de su hermano.

—Eso mismo me digo yo todas las mañanas al despertar. Pero no sé cómo te las apañas para que al final siempre caiga —replicó en tono jocoso—. De hecho, una vieja que no para de remover un caldero no deja de advertirme acerca de ti. Dice que no eres de fiar.

Desde hacía unas semanas, y motivados por las pérfidas intenciones de la que fue su suegra, Matías había comenzado a bromear con Abel, llamándola La Gran Bruja, en homenaje a la *Gran Bruja del Oeste* en la película *El Mago de Oz*.

Recordaba con cierta frecuencia aquel día en casa. Abel, al sugerir el apelativo de forma maliciosa, tuvo que esquivar el sorbo de cerveza que dejó escapar Matías, que había estallado en una carcajada. Siguieron jugando al abogado del diablo, intentando defenderla de forma hipócrita el uno y haciendo sangre el otro. Pero el apodo era tan acertado que Matías, en el papel de abogado defensor, tan solo pudo obtener una diferencia: el color de piel. Su hermano no paraba de encontrar similitudes una tras otra y, si no eran lo suficientemente adecuadas, ya se encargaba de adaptarlas lo suficiente para que encajaran.

De hecho, incluso recordó la ocasión en que la Gran Bruja tuvo que ir al hipódromo de la Zarzuela. Lucía con gran parsimonia un sombrero que guardaba cierto parecido con el que llevaba la bruja de la película. Bueno, la verdad es que nadie hubiera pensado en ello mirándolo de forma aislada, pero la idea era tan irresistible y traviesa que los dos llegaron con facilidad a un consenso. En efecto, en aquella ocasión —y en otras muchas— La Gran Bruja se parecía al personaje por algo más que el verde de su piel.

—¡Papá, no te pares o no llegaremos! ¿Con quién hablas? —interrumpió Natalia que llevaba un rato pinchando a su padre para que la hiciera caso.

—Tranquila hija. Llegamos con tiempo. Hablo con tu tío —contestó, aunque la niña ya no lo escuchaba. Seguía jugando con alegría, mientras canturreaba acerca todo lo que iba a disfrutar.

Matías dejó cierta distancia con su hija, antes de continuar la conversación con su hermano. Nunca quiso que la niña estuviera presente en conversaciones como aquella.

—Esa sinvergüenza me ha puesto otra demanda. Vuelve a la carga con que no estoy en situación *de cuidar a ya sabes quién*.

—¡Hija de puta! Esa mujer no pagaría ni en un tribunal de la Inquisición. ¿Qué vas a hacer? Eres demasiado contemplativo con ella —contestó su hermano con agrio reproche—. Esa cabrona te está jodiendo la vida.

—Es que cuando ya creo que puedo levantar cabeza llega ella y me hunde de nuevo. Me prometió que lo haría cuando me fui... y lo está cumpliendo —dijo Matías con cierta amargura.

—Ya —Abel hizo una pausa—. Porque tú la dejas—. Notó que en las palabras de su hermano había un tono de agresiva insinuación que no le pasó desapercibido.

—¿A qué te refieres? —interrogó Matías con precaución.

—No te hagas el tonto. Esto lo hemos hablado muchas veces. A esa clase de personas se les para los pies de una sola forma. Y la verdad sea dicha, si le ocurre algo, nadie podría decir que no lo tuviera merecido. Adiós Bruja, adiós demanda.

Matías miró a su alrededor, controlando a la niña, pero también a cualquiera que pudiera escucharlo.

—Abel, ¿qué me quieres decir? ¿Dónde quieres ir a parar?

—Te lo he dicho muchas veces: la mala hierba se corta de raíz —respondió Abel con frialdad.

—¡Papá, no me has escuchado lo que te he dicho de la piñata! ¿Con quién has dicho que estabas hablando? ¡Por favor no te pases más que seguro que mis amigas ya están allí! —La insistencia de Natalia y los terribles comentarios Abel seguían batiendo récords en su marcador de estrés. Otra vez

más, su hermano insinuaba lo que no debía. Además, en cada ocasión de una forma más directa. Y como siempre que salía el tema, la tensión con su hermano le resultaba abrumadora.

—¡YA Natalia! —regañó a distancia Matías, para cortar el fragor con el que Natalia no paraba de alborotar. Luego se dirigió de nuevo a Abel, en tono reservado para que la niña no escuchara—. Es la familia de mi hija y eso se debe de respetar por encima de todo. Y mucho más si estamos hablando de hacer tonterías.

—¡Tonterías! ¿Quién está haciendo tonterías? ¿El que propone coger el toro por los cuernos o el que se deja machacar y luego llora? —replicó Abel de forma agresiva—. Mira, tú puedes estar tranquilo de que estás haciendo la mariconada que consideras “lo correcto”. ¡Ya está! No me meto. Estás a salvo de ser el delincuente con el que hace un momento bromeabas. Pero ya sabes lo que tenemos pactado. ¡CUANDO YO ACTÚO TÚ TE APARTAS! ¿Entien...

De pronto, Matías notó un tremendo pinchazo, que comenzaba en la parte de atrás de la cabeza, y que fue sintiendo con rapidez por todo su cuerpo. Era como si le hubieran zumbado cien mil voltios con un Taser. Mientras caía al suelo, en una suerte de convulsión, acertó a ver a dos hombres y a la Mujer de Mirada Fría. Uno de los hombres sujetaba a Natalia, que intentaba resistirse. El otro se acercó desde un punto cercano a su espalda.

Matías, tumbado en el suelo y desorientado por la sacudida, tenía los sentidos bastante alterados, pero aun así intentaba comprender todo lo que estaba pasando. Al principio tan solo vio unos zapatos negros, de estilo italiano y piel de serpiente. Pero conforme el segundo individuo se acercaba a la Mujer de Mirada Fría, lo fue concretando más. Era un hombre de mediana edad e iba vestido de forma impecable, con traje oscuro y la cabeza afeitada. A pesar de los acufenos, intentó centrarse en lo que aquel individuo decía, con aquella voz grave y extraña. Una voz casi monstruosa, de ultratumba, comunicándole a ella que todo había salido como se esperaba. Sin duda aquel hombre inquietaba, pero quien estaba al cargo de todo era aquella mujer.

—Ya está hecho.

¿Cómo podía haber sido tan tonto? ¿Cómo podía haber pensado en

compañías de recobros cuando estaba ELLA? La Gran Bruja, al más puro estilo de Oz, siempre detrás de capturar a Natalia y llevársela para siempre. Si no fuera por la seriedad de la situación, aquel momento hubiera dado para una buena charla —y unas cuantas risas— con Abel, a consta de la mujer que fue su suegra y de sus malditos monos esclavos. Pero el asunto era grave. Además, entraban nuevos actores, como aquella Mujer de Mirada Fría, que en aquel preciso momento se agachaba para mirarlo. Ladeó la cabeza con lentitud, le acarició el pelo y le dijo con un vacío tono inexpresivo:

—Es una niña preciosa y se os ve muy unidos. Supongo que echarías mucho de menos no volver a verla, acompañarla en su vida, verla cubrir ciertas etapas. Y lo cierto es que estás en peligro de que ocurra. Pero aún tienes una oportunidad. Puedes volver a recuperarla. Aunque para eso tienes que hacer algo. Esta tarde tu hermano estará en la Plaza Manuel Becerra a las cinco de la tarde. Sí quieres disfrutar otra vez de la compañía de tu hija debes... matar a tu hermano. ¡Él no es nadie! ¡Nunca debió existir! —hizo una pausa en la que volvía al frío tono del principio—. Cuando hayas completado esa tarea ya verás cómo tu situación mejora.

¿Mejorar la situación? Llevaba dos años intentándolo y hasta ahora no había conseguido más que caer. De hecho, a pesar de las palabras de la Mujer de Mirada Fría, no tenía pinta de que se fuera a invertir la tendencia. Ni siquiera estaba en condiciones de reflexionar sobre lo que le habían propuesto. La noción de asesinar a su hermano había caído de golpe, como un bloque de hormigón en una obra. ¿Por qué? ¿A qué venía todo aquello? Todo sonaba tan surrealista que su cabeza no era capaz de procesarlo. Aún mareado, en su mente solo cabía la idea de que cuando ya creía haber tocado fondo, volvía a caer. Caer, no hacía más que caer, caer...

Con esa noción tan poco halagüeña, Matías fue perdiendo poco a poco el conocimiento, mientras contemplaba la imagen de aquel rapto infame, la terrible instantánea de cómo se llevaban a lo que más quería.

III. Tranquilo, la situación puede empeorar.

Al salir a la calle esa mañana, Matías Ariza hubiera apostado, el poco dinero que le quedaba, a que la jornada no podía ir a peor. Se equivocaba. Tan solo hora y media después de que despertara, sus existencias de tranquilidad habían bajado del cero absoluto a resultado negativo. Había conseguido el pleno: hasta en esa faceta estaba en números rojos.

Al despertar, notó su cuerpo entumecido y la rodilla derecha le dolía, tal vez por la mala postura en la que había caído. Los acufenos permanecían en sus oídos, imponiéndose a los sonidos de la calle. No era capaz de centrar la vista con eficacia, por lo que decidió tomarse un par de minutos de calma, sentado en la acera, recuperándose.

Mientras que lo hacía, alucinaba observando cómo la gente se apresuraba pasando a su lado, sin prestar atención a su situación, a porqué estaría sentado en el suelo, a la causa que lo había mantenido inconsciente. Allí pasaban decenas de personas por minuto, personas con sus vidas, sus alegrías, sus preocupaciones, incapaces de salir por un momento de su realidad para ofrecer ayuda a alguien que en aquel momento pudiera necesitarla.

¡Que le den por culo al puto yonqui!

Con esa frase comodín —pensaba Matías— cualquier individuo podía borrar de su mente el cuadro en el que ahora mismo él se encontraba. Un desconocido tirado en el suelo, inconsciente, daba lugar a un amplio catálogo de prejuicios, que borrarían con rapidez cualquier atisbo de solidaridad, una posible implicación o el eventual cargo de conciencia por no hacer nada.

Y todo ello sin pensar siquiera que tal vez la persona —sí, repitan conmigo, PER-SO-NA— que yacía en suelo, pudiera ser alguien con una vida normal. Admitir la eventualidad, por muy remota que fuera, de que el necesitado fuera un individuo más, podía quebrar su realidad despreocupada, acelerada y cotidiana. Aun así, si se quebraba el primer pretexto, podían dar paso al siguiente escudo.

Se lo habrá buscado.

Este segundo argumento creaba la coartada perfecta, el cooperador necesario que aquella gente esgrimía para pasar de largo, para llegar a tiempo a la oficina, para hacer la compra con tranquilidad, para estar dos horas en el gimnasio. En definitiva, para seguir en su rutinaria seguridad.

Al final, para cerrar el círculo y evitar que cualquier resquicio de mala conciencia los molestara, siempre podían sepultar el tema con la excusa de que, en algún momento, el héroe de turno llegaría para zanjar el problema.

De pronto, el recuerdo de Natalia sacudió su mente. Le habían arrebatado a su hija de una forma ilegal y violenta. Dejando aparte el delito de secuestro, en la sentencia de divorcio rezaba bien claro que la niña viviría con él. Aun así, la horda de abogados de La Gran Bruja seguía agotando la vía judicial y —visto lo que acababa de ocurrir— comenzaban a explorar *otras vías*. Estaba claro, la gente como aquella señora no pretende regirse bajo el mismo conjunto de normas que el resto de la sociedad. Aunque esta vez no sería así.

Salió de sus pensamientos, sacudiendo la cabeza para aclararse. Hasta aquel momento, tuvo la sensación de seguir en la esquina de Peñaprieta con Albufera, pero tras ese instante de desorientación, comprobó con sorpresa de que estaba en una pequeña plaza, a la altura de la Avenida Buenos Aires, a la espalda del centro comercial.

¿Por qué me han traído hasta aquí?

Levantó de forma gradual su cuerpo y el dolor le recordó que necesitaba más descanso. Mejor pensado, más que descanso, lo que necesitaba era un fisio. Pero aquella reconfortante sugerencia quedó truncada por la urgencia. Sencillamente no había margen. Miró al reloj y se alteró, al comprobar que era la una del mediodía. Habían pasado tres horas desde que perdiera el sentido. Debía activarse y poner en conocimiento de la policía todo lo que había pasado. De repente se dio de bruces con un pensamiento que, por la rapidez con la que transcurrió todo, no había tenido tiempo de elaborar.

¿Y cómo cojones explico todo esto, si no tengo ni idea de qué ha pasado?

Inició el camino y se detuvo un par de veces con aire dubitativo, mirando al suelo. Ya no solo era una cuestión de claridad de ideas. ¿Cómo iba a explicar lo de Abel de una forma que no lo perjudicara? ¿Cómo cuadrarlo todo? Con pulso torpe se llevó hacia atrás el pelo que le caía sobre la frente y advirtió que tenía la respiración acelerada. No sabía si estaba tomando la decisión adecuada, pero había llegado a la conclusión de que aquel problema le sobrepasaba. Por esa razón decidió que no había otra. Así, con muchas dudas, Matías puso rumbo a la Comisaría Nacional de Policía de la calle Trevinca.

Aunque su destino quedaba a unos diez minutos a pie, notó desde los primeros pasos que el trayecto se le hacía eterno. Era aquella sensación de que Natalia pudiera estar en peligro. Comenzó andando a ritmo lento, pero en pocos metros adoptó un paso más firme y rápido. Su estado físico era deplorable, pero la ansiedad lo llevaba a dar el siguiente paso. A pesar de su rodilla dolorida, seguía aumentando la velocidad, con la sensación de que perdía el tren. Era su niña y se la habían quitado. Y encima, su bendito hermano complicándolo todo. No podía dejar de pensar en el papel que jugaba Abel en toda aquella historia. ¿Qué se traía entre manos para que la Gran Bruja lo quisiera muerto? ¿Dónde diantre estaba? Lo había llamado un par de veces y no atendía las llamadas. Si no tenía ya suficientes elementos que lo angustiaban, aquí tenía el enésimo.

Tras volver la esquina, vio por fin la comisaría. Una vez enfilada la calle y en los últimos metros, Matías aminoró el ritmo para dar sensación de tranquilidad, aunque los jadeos lo delataban. Intentando controlar el resuello, se dispuso a subir de una forma más pausada, las escaleras que daban acceso a la puerta principal. Todo eso le pasaba factura y, finalmente, sus pies parecían fundidos con cada escalón que subía.

—¿Se encuentra bien? —le preguntó el agente que escoltaba la puerta del edificio, al verlo en aquel estado.

—Estoy bien, vengo a poner una denunci... —balbuceó Matías mientras entraba, evidenciando un gran cansancio.

En el distribuidor del edificio, Matías saludó a un par de agentes que lo observaban mientras se dirigían a la calle. Era consciente de que su aspecto

llamaba la atención: agotado, nervioso, un tanto desorientado, así que decidió dejarse de rodeos y encaminarse directamente a la ventanilla, que hacía las veces de mostrador de recepción.

Dentro, en lo que debía ser una sala común, pudo escuchar la conversación distendida de los agentes, que aún no habían reparado en que alguien había llegado. El mostrador exhibía un cartel en el que se podía leer “ESPERE AQUÍ”. Finalmente, uno de los integrantes de la tertulia asomó la cabeza y comentó hacia el grupo:

—¡Martín, hay un señor esperando!

El agente volvió adentro, mientras que se le escuchaba molestar a su compañero, que acudía al encuentro de Matías.

—¡Venga *pringao*! ¡Al mostrador!

Martín apareció y comprobó con cierto fastidio que era verdad que lo estaban esperando.

—Lo de *pringao* díselo a Adrián y a Silvia —dijo girando la cabeza hacia dentro—, que llevan doblando turnos toda la semana. ¡Y no han parado en estos días!

El policía recuperó la noción de lo que estaba haciendo y avanzó con ritmo parsimonioso. Antes de dirigirse a Matías, retiró unos papeles que desordenaban la mesa del ordenador. Después, lo miró de forma un tanto despreocupada.

—Buenos días. ¿En qué puedo ayudarle? —saludó con gesto serio.

—Buenos días. Mi hija ha desaparecido esta mañana... no ha desaparecido, se la han llevado. Esa mujer de mirada fría que trabaja para la madre de mi ex mujer.

—Tranquilo —interrumpió el agente con apatía—. Me dice que su antigua suegra se ha llevado a su hija. ¿Ha probado a llamarla? La mayoría de los calentones con divorcio de por medio acaban sin que intervengamos nosotros.

—¡No es un calentón! —replicó Matías con energía—. ¡Es un plan ejecutado con frialdad! Me piden...

En ese punto se detuvo. Sabía que debía elegir muy bien sus palabras, o su hermano y él podrían meterse en una situación incómoda. Sobre todo si Abel estaba pensando pasar a la acción en contra de la Gran Bruja. No paraba de frotar las yemas de sus dedos de forma nerviosa, rozando el pulgar con los tres dedos centrales, y advirtió que el agente se había percatado de ello. Mientras mantenían sus miradas, y para controlar sus manos, decidió meterlas en los bolsillos donde con la derecha siguió jugando con un papel. Era obvio que el nerviosismo continuaba, pero al menos así podría controlar que fuera tan evidente.

—Me decía usted que le piden algo a cambio —reformuló el agente con tono extrañado.

—Bueno... no es que sepa exactamente a qué se refieren —mintió improvisando—. Me hablan de mi hermano. Me dicen que tengo que... encontrarlo antes de esta tarde.

Debido al nerviosismo, la mano derecha de Matías tenía vida propia. Jugeteaba con el papel, en lo que ya era un tic nervioso. Extendiéndolo, plegándolo, pinchándose con las esquinas. Y el inquieto jueguito, que comenzó en la oscuridad de su bolsillo, ya se exhibía fuera, donde cualquiera podía ver el estado anímico en que Matías estaba.

—¿Encontrarlo para qué? —interrogó con curiosidad el policía—. ¿Ha llamado a su hermano?

—Cla... claro que sí. Pero no me coge la llamada.

—¿Lo ha buscado en su casa? ¿Sabe usted para que quiere su exsuegra que busque a su hermano?

Matías había hecho una pequeña pausa, en la que bajó la cabeza, al ser consciente de que el policía lo miraba cada vez con mayor suspicacia. La cara de *Tranquílcese, es una pequeña trifulca familiar*. había tornado a *¿Pero este tío que me está escondiendo?* Comenzaba a arrepentirse de haber

acudido a la comisaría. Mirando al suelo, sentía que cada palabra que fuera a decir complicaría más aún la situación. Carraspeó un par de veces, imitando que se atragantaba. Y justo en el momento en que iba a responder se escuchó una voz.

—Martín —dijo de pronto un agente, al otro lado del recibidor—, cuando acabes con el señor, pásate un momento por la sala de denuncias.

—¿Para qué? —respondió con rostro fastidiado— Pablo, aquí tenemos bastante jaleo.

Mientras que los dos agentes comentaban los pormenores del mensaje, Matías, que aun jugueteaba con el papel, lo desplegó. Hasta aquel momento, no había caído en que no recordaba haber metido ninguno en el bolsillo. Al extenderlo con curiosidad, pudo observar un extraño mensaje, escrito en su totalidad en mayúsculas y con una caligrafía bastante irregular.

A LAS 14:30 EN LA ESTACIÓN DE CERCANÍAS DE VALLECAS. “EL AGRI” CONDUCTOR DE LA CUNDA DE LA HIERBA. TE LLEVARÁ A LA “LA JUANA” QUE TE DARÁ ALGO.

Había oído hablar de las cundas, también conocidos como taxis de la droga. Incluso había visto alguno cuando pasaba por la glorieta de embajadores, o bajaba del tren de cercanías en Vallecas. Sabía que eran peligrosos. Recogían a los yonquis en pleno mono y los llevaban a los poblados del narcotráfico a que consumieran. Poco después, estando aún con el cuelgue, volvían al punto de recogida inicial y les daban la patada.

Pero no conocía a nadie que pudiera conectarlo con aquel mundo. ¿Quién podría haber dejado la nota en el bolsillo? Tenía la absoluta certeza de no llevarla al salir de casa. A falta de que pudiera escaparse algún matiz, lo único seguro era que tan solo la mujer de mirada fría mantuvo contacto con él mientras estuvo inconsciente. Tan solo ella pudo ser la responsable de aquellas escuetas instrucciones. O no.

Perfecto. Me tengo que meter en una cunda, camino de un poblado de la droga y recomendado —posiblemente— por la persona que ha raptado a mi hija.

—¡Oiga! ¿Me escucha? —la voz del agente de policía interrumpió sus pensamientos—. Todo lo que me cuenta es muy raro. Por favor, necesito que me dé su nombre completo, dirección y número de documento de identidad.

—No se preo... no se preocupe. ¿Sabe qué? Lleva razón. Seguro que todo esto se soluciona después de...después de un rato —mintió Matías mientras que comenzaba a recular hacia la puerta de entrada.

—¡Quédese donde está! —le ordenó el agente con tono autoritario.

Matías meneó la cabeza de un lado a otro, sin fijar la mirada en nada en concreto. Soltó una sonrisa nerviosa y de pronto dio un brinco, corriendo la poca distancia que había hasta la salida. Una vez allí, empujó la puerta ayudado por la inercia y tiró al suelo al agente que escoltaba la salida, haciendo que rodara escaleras abajo. Conforme pasaba lo vio y sintió cierto remordimiento. Pero no había otra. O salía así o no podría huir.

Escuchó que, unos treinta metros por detrás, una pareja de agentes —los que estaban de guardia en la sala común— le daban el alto. Aceleró aún más el paso y volvió la esquina, lo que le dio cierto margen para que nadie intentara disparar. Matías puso el alma hasta el ahogo en el esprint. Sabía que no tenía más de cinco segundos de distancia y debía encontrar la manera de perderlos. Así que comenzó a cruzar soportales y tomar calles atravesadas.

Los agentes Silvia Navarro y Adrián López no caían en la trampa. Estaban bien entrenados y conocían la zona. Iban siguiendo al sospechoso, con dirección a la Avenida de la Albufera, y entraban por todos los desvíos que proponía Matías, pero con la idea clara de hacia dónde se dirigía. Sabían con certeza que intentaría alcanzar el suburbano. Todo aquel que huía por aquella zona lo intentaba. Por tanto, no hicieron ni el intento de mirar entre los coches o en los recodos de la calle. De esa forma, solo iban a perder tiempo.

Por fin llegaron a la avenida principal donde no había ni rastro del sospechoso.

—¡Adrián, por la boca de enfrente! ¡Yo al Andén 1, tú al Andén 2! —gritó la agente a su compañero, al que aventajaba varios metros.

Bajó las escaleras, superó los tornos de un salto y se perdió entre los transeúntes. Adrián cruzó la calle y bajó por la otra entrada para cerrar el paso al fugitivo. Una vez que llegaron a sus respectivos andenes se miraron el uno al otro, separados por las vías, con un torrente de gente a su alrededor, pero ni rastro de la persona que buscaban.

Mientras que los agentes lo perseguían, Matías había entrado por la entrada norte de la estación de metro. Pero no tenía intención de quedarse en un espacio tan estrecho, jugando su única carta a que llegara un tren y los agentes lo perdieran. Así, accedió al andén más cercano, lo atravesó en sentido opuesto y salió por la boca que conducía al otro lado de la calle y unos cien metros al sur.

Los agentes atravesaron entre la gente sus respectivas plataformas, buscando alguna señal del fugitivo, hasta salir por el acceso opuesto al que entraron. Matías había salido por el mismo acceso unos treinta segundos antes, aprovechando el poco tiempo que los agentes habían perdido buscándolo.

Silvia y su compañero Adrián salieron justo a tiempo de ver como Matías —unos cien metros más abajo— les dedicaba una breve mirada y se subía a un taxi, que iniciaba el camino.

La Estación de Cercanías de Vallecas.

Matías suspiró con agobio, como queriendo expulsar por la boca la presión que sentía. No sabía qué iba a encontrarse al llegar allí. Tan solo que las cundas esperaban en el aparcamiento anexo a que llegara su “selecta clientela” y, una vez completo el coche, ponían rumbo al poblado en cuestión. Además, no conocía a quién debía dirigirse, solo su nombre. Tampoco tenía la menor idea de a dónde lo llevarían. Sus únicas instrucciones eran que debía buscar la *Cunda de la Hierba*.

De repente la incertidumbre de cómo encontrar a su contacto de una manera discreta lo aplastó como una losa. Pero aun así no era el mayor de sus temores. La idea de meterse en una cunda, camino de un poblado de la droga y siguiendo instrucciones de la persona que había raptado a su hija no era un paradigma de seguridad. Pero lo que realmente lo aterraba no era todo aquello, sino tan solo un matiz, un detalle que modificaba con su presencia el

planteamiento en su totalidad. La Gran Bruja.

Y es que ningún plan amparado por aquella mujer se mostraba como algo a lo que aferrarse. Pero aun así no quedaba otra, si quería volver a ver a Natalia.

—Por favor, a la Estación de Cercanías de Vallecas —dijo Matías.

—¿Por la avenida o damos el rodeo de la circunvalación? —interrogó el taxista.

—Mejor el rodeo. Me da la impresión de que hoy la Albufera tiene demasiado jaleo.

IV. El Zippo olvidado y la injusticia de la vida.

Matías Ariza observaba como el cielo se iba encapotando. Mientras, el taxi en que viajaba tomaba el desvío que accedía al aparcamiento de la estación de cercanías. Había sido una mañana bastante movida y extraña, incluso en lo climatológico. El cielo era una acuarela de celeste impoluto a primera hora de la mañana. Sin embargo, en aquel momento quedaba oculto por una piña de nubarrones negros, que amenazaban con desencadenar una tormenta. Era el típico día en que el vecino, que solo aparece en el ascensor, soltaba la consagrada frase de “No, si esto solo viene para más calor.” El conductor detuvo el taxi y paró el taxímetro en un gesto que sacó a Matías de sus pensamientos.

—Hemos llegado. Son ocho con cincuenta —dijo el taxista.

—Aquí tiene diez —dijo entregando un billete de diez euros— y quédese el cambio.

La expresión inmutable del taxista cambió con la propina y amablemente la agradeció, guardando el billete. Justo en el momento de abrir la puerta, llamó su atención la radio del coche.

—Atención 65535. Tenemos una petición de la policía acerca de un cliente que has recogido hace unos veinte minutos en la Avenida de la Albufera. Hombre de mediana edad, pelo castaño, ojos claros —anunciaba la voz de una operadora—. Necesitamos decirles dónde lo has dejado.

El taxista se volvió hacia él y ya no le sonreía. Su expresión era tensa. Durante unos segundos, mantuvieron la mirada en silencio.

—Yo no he hecho nada malo, se lo juro —dijo al fin Matías, en tono de súplica.

—Bien, pero como comprenderá tengo que dar la información.

—Lo entiendo. Tan solo necesito que ahora mismo me deje ir.

—No pienso frenarle. No es mi guerra. Aunque usted fuera el mayor hijo de puta de Madrid y la Policía me lo pidiera, ése no es mi trabajo.

Matías inclinó la cabeza a modo de saludo, con cautela salió del taxi y se dirigió a la parte oculta del aparcamiento. A partir de ahora corría el cronómetro: en varias ocasiones había visto una pareja de agentes en la propia estación de cercanías, por lo que calculaba que no le quedaría más de cinco minutos antes de tener problemas si se quedaba por la zona.

No fue muy difícil alcanzar su objetivo. Tan solo fue tirar del hilo. Encontrar al primer yonqui y, a pocos metros de distancia, dar con un viejo coche en la esquina. No cabía duda, era la *Cunda de la Hierba*. Sobre el capó de un viejo Ford Escort blanco lucía una gran hoja de marihuana, en varios tonos de verde chillón. Junto al coche, un hombre escuálido y mal vestido lidiaba con una mujer de aspecto muy deteriorado, mientras que un tercero esperaba metido dentro del coche, evidenciando los temblores típicos de quien ya necesitaba su dosis.

—Reme, te he dicho que no pienso llevarte a cambio de nada que no sean cinco euros. No quiero mamadas, no quiero completos. Quiero mi dinero —decía el hombrecillo al que llamaban Antonio *El Agri*, en referencia al hobby con el que —según él— *se sacaba unas pelillas* cuando no estaba en la cunda. Algunos dedicaban su tiempo libre a fabricar maquetas de Star Wars y Antonio *El Agri* cultivaba maría en un trastero de mala muerte.

—¡*Agri* no seas mierda! Tengo solo cinco euros. Si te los pago, me quedo sin micra —dijo Reme en referencia a la micra de heroína que iba a buscar al poblado.

Matías se acercó a la discusión con lentitud, con la prudencia de que lo vieran llegar. No tenía ganas de irrumpir en una situación en la que, por lo inesperado de su presencia, terminara con una puñalada.

—Vengo buscando a Antonio *El Agri* —dijo Matías ignorando que la Reme ya lo había delatado con sus voces.

—¿Para que lo buscas?

—Me han recomendado la *Cunda de la Hierba*. Tengo que hacerle una visita a La Juana.

—Oye espera tu turno —dijo ofendida La Reme—. *El Agri* y yo estábamos haciendo negocios.

—¡Cállate Reme! —interrumpió tajantemente *El Agri*—. Le das un aire a tu hermano. Él me dijo que vendrías y que me pedirías que te lleve. Pero ni él ni tú tenéis pinta de ser amigos de La Juana. ¿Qué quieres?

Aquel comentario lo descolocó. La nota que encontró en el bolsillo no era de la Mujer de Mirada Fría. Las instrucciones las estaba dando su hermano. ¿Qué quería Abel? ¿Por qué no esperó a que despertara o lo llamó al móvil para indicarle su destino? ¿Fue el quién lo llevó a la plaza donde acabó despertando? Estaba cansado y demasiado confuso para plantearse tanta incógnita.

Y tenía prisa, mucha prisa.

—No lo sé. Tan solo me dieron instrucciones de hablar con ella.

—Ummm. Bueno, no es asunto mío. Te llevaré y te cobraré como a todos. Cinco euros. Además, muchos de mis clientes habituales visitan con frecuencia a La Juana. Pero tienes que esperar a que se llene el coche. No voy a perder dinero con el viaje.

—¡No! Tenemos que salir cuanto antes —dijo Matías intentando matizar la urgencia de la situación y la debilidad que sufría.

Antonio *El Agri* lo miró con desconfianza, estudiándolo unos segundos. Apuró finalmente el cigarrillo y miró cómo temblaba el pasajero que esperaba en el coche. Agachó la cabeza e hizo una mueca para sus adentros, casi imperceptible.

—Está bien *pipiolo*— dijo *El Agri* mientras pisaba la colilla—. Pero entonces le pagas el pasaje a la Reme y la plaza que queda libre. Serán 15

euros.

Matías aceptó. No podía permitirse el lujo de perder tiempo regateando. Así, un minuto después, los dos iban camino del poblado, acompañados del tembloroso pasajero y de una Reme eufórica, que no dejaba de enseñar su desdentada sonrisa.

Cuando abandonaron aquel lugar —y con ello las prisas—, Matías comprendió donde se encontraba en toda su dimensión. La cunda estaba tan descuidada por dentro como ya lo demostraba por fuera. Se fue apoderando de su olfato un olor sucio, seco, agrio, en que el mayor protagonismo lo adquiriría una mezcla a tufo de cigarro y mugre. Apoyó la mano instintivamente, para apoyarse en el asiento libre, y descubrió que estaba húmedo. Rápidamente hizo el esfuerzo mental de no pensar en lo que pudiera ser.

—A la vuelta podría necesitar que me llevaras a la plaza Manuel Becerra —comentó Matías.

—¿Te has creído que soy un taxi? Lo siento, pero no varío itinerarios. La zona en la que trabajo la domino y estoy a salvo. No quiero encontrarme un control por sorpresa ni nada de eso.

—¡No seas cabrón Agri! —bramó La Reme en el asiento delantero y señaló a Matías—. Este tío es de puta madre. No solo ha conseguido que pueda ir a por mi micra. Además, ha hecho que Josillo pueda pillar antes la suya.

—Reme, métete en tus asuntos —amenazó El Agri y La Reme enmudeció de inmediato—. Mira si Josillo está bien y despiértalo. No quiero que me vomite en el coche.

Antes de que La Reme se moviera, Josillo levantó la cabeza temblorosa y les sonrió con mirada perdida. Asentía y farfullaba algún comentario ininteligible, en parte porque no vocalizaba y en parte por los temblores, que a veces desembocaban en espasmos. La Reme lo miró con cierta ternura y se dirigió a Matías en tono de disculpa.

—Josillo estaba de machaca y se ganaba sus picos de puta madre, pero

tuvo un problemilla. Se pinchó chungo una vena y se le infectó el brazo. Ha estado menos de un día en Urgencias, pero sin picarse. Y ahora está hecho polvo. Ojalá su jefe no haya puesto a otro. Si lo ha hecho está bien jodido.

Alguna vez había oído hablar de los machacas. Eran los vigilantes de los camellos, esclavos a cambio de un pico cada ocho horas. En esencia su trabajo consistía en avisar si veían algo sospechoso. No hacían nada más. Proporcionaban a los camellos los segundos necesarios para reaccionar en un momento delicado. El tiempo justo para deshacerse de pruebas o coger las armas, dependiendo de quién viniera a complicar el día. Y para tener tal ventaja era necesario estar siempre vigilando. Cierto es que muchas veces no estaban en condiciones de montar guardia, pero por lo que costaban, no se podía pretender mucho más. Algunos machacas ponían una silla en su puesto y no se movían en toda la jornada. Solo cuando tocaba levantarse eran conscientes de que sus piernas no respondían, que se habían meado encima, de que llevaban más de un día sin comer.

Eso sí, el chute se lo metían puntual.

Tomaron el desvío que los conducía al sector 6, donde se concentraba todo el negocio de la droga en aquella zona. Abandonaron la carretera principal por el desvío en espiral y avanzaron quinientos metros en una curva abierta. Tras cruzar por debajo de un puente, Matías sintió que el alma se le escapaba del cuerpo. Con angustia comprobó cómo, al rodear los cimientos de la estructura, un control policial doble se cruzaba en su camino. Los coches patrulla estaban colocados para dejar un pequeño sendero, en forma de zigzag, a modo de chicane. A lo largo de semejante *vía crucis*, la “Cofradía del Santísimo Pico” tendría que reducir la velocidad, posibilitando que los agentes pudieran mirar dentro del coche y, si fuera necesario, dar el alto al vehículo.

—Ahora tranquilo *pipiolo* —ordenó *El Agri* a Matías—. Baja la mirada poco a poco y apóyate sobre Josillo. Si haces lo que te digo *el que te persigue* no te va a encontrar.

Matías obedeció y apoyó la cabeza en el hombro de Josillo. El olor fétido a suciedad y días de calle le provocaron una salvaje arcada, que a duras penas pudo reprimir. En aquel momento, un agente asomó la cabeza y fue testigo del espectáculo más deprimente y habitual que se podía dar en aquel devastado

paisaje: un yonqui a punto de vomitar y otro con los espasmos del “mono”.

El coche fue atravesando el caminito hasta que superó el control policial. *El Agri* miró por el retrovisor, haciendo un recorrido visual que comenzó en los agentes y terminaba en Matías.

—Nunca falla. Un *pipiolo* como tú no resiste la fragancia de nuestro Josillo —dijo sonriendo, mientras que La Reme y el propio Josillo hacían la tétrica caricatura de una carcajada.

No llevaban ni cien metros de camino y tuvo la impresión de haber hecho un viaje en el espacio-tiempo. El control policial se presentaba, en una suerte de portal dimensional entre dos mundos. Por un lado, la autopista A3 que salía de Madrid. Por el otro, un paraje propio de la Guerra de Los Balcanes.

Realmente era un escenario desolador. El camino estaba limitado por escombros en ambas partes de la calzada. Eran restos de las incursiones policiales, que a veces se producían para derribar los bunkers de la droga. Matías pudo advertir entre los cascotes los puntos de consumo. Eran reconocibles porque, a cierta distancia y entre los restos de ladrillo y hormigón, aparecían algunas tiendas de campaña, colchones al aire libre, incluso toneladas de ropa amontonada, formando una suerte de refugios individuales. En estos puntos, los desesperados clientes se recostaban y se daban el chute de turno. Mientras, un grupo de niños —que deberían estar en el colegio— no paraban de importunarlos.

—*¡Agri*, para por aquí! Josillo y yo nos bajamos. Allí he visto un colega —dijo la Reme, señalando al camello que regentaba el punto de consumo cercano—. ¡Suerte, *pipiolo*! ¡Espero que te vaya de puta madre!

Matías asintió con la cabeza y solo desvió la mirada para comprobar que comenzaba a lloviznar. Observó cómo las primeras gotas mojaban las lonas, que techaban un fumadero. Era un supermercado atestado de clientes, al más puro estilo *The Walking Dead*.

—Ahora que solo estamos tu y yo te lo preguntaré una vez. La Juana es peligrosa y ya no es de fiar. Sobre todo, desde que le derribaron el búnker. ¿Qué quieres de ella? —dijo *El Agri*, sacando de sus pensamientos a Matías.

—No... No lo sé. Mi hermano me dijo que tenía que venir. Tengo que recoger algo. Pero no sé qué.

—Está bien. —*El Agri* adoptó un semblante serio y contrariado—. Tan solo debes tener presente que no es de fiar. Y vas a entrar en su *yanki*, en su territorio. ¿Has pensado qué harás si se ponen chungas las cosas?

—¿Qué es un *yanki*?

—Cuando se hicieron tan populares los derribos de los búnkers, los vendedores decidieron cambiar de táctica —respondió mientras se encendía otro cigarrillo—. Ya no hay tanto búnker como antes. Los han tirado bajo la excusa de que eran casas ilegales. Pero los camellos no se dan por vencidos. Plantan una caravana en la calle y continúan el negocio. Esas “oficinas” se llaman *yankis*.

De repente Matías cayó en la cuenta de que *El Agri* llevaba razón. Iba a entrar a un espacio cerrado, con una persona tan peligrosa como podía ser una narco a la que todo el mundo conoce por su nombre. Nada de apodos, ni tan siquiera esconderse. Sencillamente, La Juana.

—Escucha, te esperaré en el coche diez minutos, no más —comentó mientras que paraba el coche, a unos cien metros del *yanki* de La Juana—. Y te recomendaría que no excedieras ese tiempo. Es el máximo tiempo que calculo que podrás estar antes de que se complique la cosa. A ella le gusta jugar y nunca sabes si el resultado será favorable o no. Ten cuidado. Es allí, la única caravana que está sola.

Matías quedó pensativo mientras que *El Agri* aparcaba el coche. Su cabeza no paraba de buscar alternativas, alguna manera de guardarse la espalda, mientras observaba por la ventanilla la placa de la calle Francisco Álvarez, en la que estaba. Se mordía inquietamente los labios, rozando una vez más las yemas de sus dedos, intentando dar con algún tipo de estrategia, alguna idea que no acabara con su cabeza tuneada con un “maravilloso disparo” en la frente.

Suspiró con gravedad y levantó las cejas con gesto de resignación. Después dirigió su mano al bolsillo para sacar el móvil, marcó un número de

teléfono y bajó de la cunda.

Un par de minutos después, Matías estaba a unos metros del *yanki* de La Juana. Contemplaba indeciso a un machaca dormido, sentado en una silla de playa, que franqueaba la puerta de la entrada. Tenía la boca abierta y un grueso hilo de baba colgaba de la barbilla hasta rozarle el pecho. El desgraciado ni siquiera había hecho el intento de quitarse la goma de la pierna, donde se había pinchado. Matías advirtió como otro machaca llegaba por su derecha, mirando al que dormía con gesto enfadado. Conforme estuvo a su alcance, le propinó una patada a la silla de playa provocando que el primer yonqui cayera con brusquedad al suelo.

—¡Estás gilipollas! —dijo el segundo machaca mirando al que se había caído—. ¿Quieres que la Juana nos corte los cojones?

—¡Pero de qué vas, *hijoputa*! No estaba dormido, solo me había entrado tierra en un ojo.

—¿Te crees que soy gilipollas o qué? ¡Estabas dormido!

Los dos escuálidos yonquis se enzarzaron en un patético forcejeo, carente de energía física pero sobrada de griterío cazallero. De repente la puerta de la caravana se abrió y asomó una mujer gruesa de unos sesenta años. Llevaba el típico vestido de abuela en la década de los ochenta —con floreado imposible, a la altura de media pantorrilla— protegido por un delantal celeste.

—¿Qué sucede? —dijo la Juana, dirigiéndoles una mirada fría y amenazante.

—¡Este mierda se ha quedado dormido! —le contestó el segundo machaca.

—¡No me quedé dormido! ¡Solo descansaba un momento la vista!

La Juana miró al primer yonqui durante un momento y se detuvo en la goma que aún apretaba la pierna.

—Tú, no vengas más. No quiero volver a verte —dijo La Juana indiferente al primer yonqui y luego se dirigió al segundo—. Y tú, búscate a otro. ¡Ahora

mismo!

El yonqui que se había quedado dormido miró a La Juana y comenzó a lloriquear, echándose a sus pies, implorando que no le abandonara, farfullando que no estaba en condiciones de conseguir las dosis de otra forma. Ella se limitó a pegarle una patada para quitárselo de en medio, al tiempo que dirigía una mirada a Matías.

—¿Y tú que haces aquí? Quedamos en que no vendrías más —preguntó La Juana en tono de reproche.

—Creo que se equivoca. Soy Matías. Mi hermano es Abel —su primer intento fue presentar su mano en forma de saludo, pero al final algo hizo que lo reprimiera.

La Juana adoptó un gesto de cierta contrariedad y miró más detenidamente a Matías, de arriba abajo.

—Ahora que te veo bien —dijo al fijarse de nuevo— le das un aire a tu hermano, pero tú tienes menos huevos. Se te ve a primera vista. Entra.

Sin prestarle más atención abrió la puerta de la caravana y entró, seguida de Matías.

La estancia aparentaba ser más pequeña de lo que era en realidad. La distribución cuadrada y el hecho de ser diáfana le otorgaban cierta amplitud. El único reservado era un pequeño baño, en el rincón contrario a la puerta de la entrada. Matías escuchó con inquietud que había alguien dentro.

Aunque ya era mediodía, la estancia principal de aquel habitáculo estaba escasamente iluminada. Tan solo se filtraba la cantidad justa de luz que una cortina de láminas permitía. Se podía observar a simple vista que la sala estaba dividida en dos partes bien diferenciadas. Una zona impoluta, que contenía la cocina americana y un rinconcito con una cama. La otra, era la parte de los negocios, desordenada y sucia, con la mesa principal atiborrada de objetos.

A semejanza de las dos zonas de la sala, Matías percibió una mezcla

de olores intensos —claramente diferenciados—, que formaban un aroma bastante atípico. En realidad, lo que resultaba tan extraño era el hecho de poder identificar por separado los dos olores, en principio bastante antagónicos, pero que formaban un conjunto acorde. Por un lado, estaba la fetidez que acompañaba al mundo de la droga. Un hedor acre y pestilente, propio de la mugre, que servía de base a los matices avinagrados desprendidos por la heroína cuando se quema. Por otro lado, la cocina desprendía un tufo intenso a desinfectante, que reflejaba la higiene extrema con la que aquella zona se limpiaba.

La Juana se acercó al fregadero mientras indicaba a Matías que pasara a la zona de los negocios. Sacó dos vasos de una alacena y los puso en una bandeja.

—Toma asiento —dijo mientras cogía una jarra del frigorífico—. Espero que te apetezca agua fresquita porque es lo único que tengo. ¡Juan! ¡Sal ya del baño! Tenemos un... *invitado*.

El temor de Matías se hizo realidad: La Juana no estaba sola. De aquel baño salió un hombre de unos treinta y cinco años. El conjunto de vaqueros, camiseta y chaleco de color negro tan solo era roto por dos cadenas de oro, tan gruesas como la longaniza. La imagen de aquel personaje se completaba con unas gafas de sol, estilo Marion Cobretti, que te trasladaban a la década de los ochenta de un solo vistazo.

—He de reconocer que no te esperaba tan pronto —dijo La Juana, mientras le alcanzaba uno de los vasos—. Supongo que vienes a por el encargo de tu hermano.

Matías estaba bastante inquieto, pendiente de la reencarnación gitana de Sylvester Stallone, que no paraba de pasear por la habitación. Cuando lo tenía a su espalda, trataba de ahuyentar su nerviosismo, centrándose en la variada galería de objetos que se dispersaban en la mesa. Una revista, una foto desgastada de La Juana con unos niños, una jeringuilla sin aguja, un matón

vestido de negro a su espalda, una cucharilla oxidada, el escolta de La Juana mirándole el cogote. Le resultaba difícil concentrarse en algo, cuando tenía a un sicario en la situación perfecta de rebanarle el cuello. Aun así, de entre todos aquellos objetos, llamó su atención un mechero metálico de color oro envejecido.

—Ss, Sí —respondió Matías de forma insegura, mientras que jugaba nerviosamente a dar vueltas al encendedor con un dedo—. Si no es mucho inconveniente tengo un poco de prisa.

La Juana lo miró mientras daba un largo trago al agua. Dejó el vaso en la mesa y sonrió con un leve atisbo de arrogancia, mientras tomaba asiento. Luego, de un firme manotazo, arrebató el mechero de las manos de Matías.

—Es el único recuerdo personal que tengo de mi marido —dijo con sonrisa de cocodrilo—. Siempre llegaba al local anterior, lo sacaba del bolsillo y fumaba sin parar, dejando pasar la tarde, a mi lado. Él siempre dijo que yo no tenía seso para llevar el negocio, que acabaría en el *talego*, que el negocio familiar de mis padres lo tenía que llevar mi hermano, o incluso él. Pero mira que puta la vida que un día olvidó esta mierda de encendedor en casa. Yo estaba fuera, arreglando un asunto con mi hijo Juan, y pasé por casa para recogerlo. En el tiempo que tardé en ir a la casa, llegaron los *maderos* con una excavadora. Cuando llegué me encontré un montón de escombros y a mi marido muerto, por resistirse a la demolición. Dijeron que fue un accidente.

Durante un momento La Juana sostuvo el vaso con mirada triste. Se la notaba en otro lado, en otro tiempo, rememorando los hechos que acababa de contar. De repente, esa mirada nostálgica quedó fulminada por un gesto de rabia.

—La vida es injusta —continuó pestañeando para escapar de sus pensamientos—. Yo llevo con este negocio quince años y al final el que pagó por todo es mi marido, que era un inútil, que no pintaba nada en todo esto. No me malinterpretes, yo le quería, pero era un inútil. Hemos pasado un año difícil después del derribo. Para sobrevivir todo este tiempo he tenido que centrarme en esa idea, en que la vida no es justa. Llevo siempre este mechero para que me recuerde que, si yo no me aprovecho de la vida, la vida me joderá cuando tenga la ocasión. Porque la vida no es justa. Ahora tengo una duda.

Tengo el encargo que tu hermano con justicia dejó pagado, pero no paro de preguntarme qué me impide pegarte un tiro y quedarme con el encargo y el dinero.

Un mareo repentino recorrió el cuerpo de Matías, que tuvo que luchar para mantener la mirada impassible de La Juana. *El Agri* llevaba razón: era un ingenuo. Si él no le hubiera aconsejado que buscara un plan, Matías habría entrado en aquel lugar, sin nada que lo protegiera. De hecho, ni siquiera sabía si la vía de escape que había ideado tendría éxito. Pero si no actuaba ya, se podía dar por muerto. Miró de reojo al sicario que tenía a su espalda y levantó las palmas de las manos frente a La Juana. Procurando ponerse en una situación intermedia entre las dos personas que lo amenazaban, fue empujando muy lentamente la silla hacia la puerta.

—Con todo el respeto y para que usted no haga nada equivocado, me voy a levantar lentamente —dijo Matías mientras se incorporaba— voy a meter la mano en el bolsillo y con dos dedos voy a sacar la razón por la que no me va a matar.

El escolta sacó un revólver de la espalda, pero La Juana hizo un ademán para que se detuviera. Matías introdujo dos dedos en el bolsillo delantero del vaquero y sacó el móvil, con la pantalla iluminada, indicando que tenía una llamada activa. Con movimiento pausado para que se pudiera ver lo que hacía, activó el altavoz.

—¿Aún está en línea?

—Por supuesto señor —dijo una voz educada pero firme, que mostraba cierta tensión.

La Juana guardaba silencio. No un silencio de desconcierto. Esa clase de personas no dejaban que el desconcierto los abrumara. La expresión de su cara era más bien de rabia, de odio hacia la persona que la estaba poniendo en aquella situación, que le estaba enseñando que efectivamente *la vida no es justa*. Y luego estaba el matón, pero no contaba demasiado, mientras que ella no diera órdenes. Aun así, no perdía de vista sus movimientos.

Pero Matías se centraba en La Juana. La miraba intentando adelantar sus

movimientos, calculando la reacción que podría obtener, intentando resolver la duda de si saldría con el encargo... o con los pies por delante.

—Mama, déjame que le meta un tiro a este *hijoputa* — suplicó Juan a su madre, mientras que amenazaba a Matías con el revolver.

—¡Cállate de una vez idiota! Como hagas algo que nos complique te juro que no lo cuentas, por mucho que seas mi hijo.

La tensión era lo único que llenaba aquel vacío, en el que los tres estaban paralizados, tiosos, a la expectativa. Una representación en directo de la sala del terror, en el museo de cera. Matías tomó la iniciativa y levantó el móvil con lentitud.

—Supongo que no desea tener problemas legales por una tontería que, al fin y al cabo, está pagada.

—Es un farol —escupió La Juana.

—Farol o no, supongo que no querrá que los agentes sepan que se va a cometer un homicidio en una caravana de la calle...

—¡Calla y cuelga! —gritó secamente La Juana, perdiendo los nervios y mientras Matías se apartaba, protegiendo el móvil.

—No, creo que no voy a hacerlo. Llevo demasiadas concesiones en el día de hoy. Tienes dos posibilidades: darme el encargo y hacemos que no ha pasado nada... o la otra opción es matarme. Pero tu hijo tendrá que hacerlo a la primera y rápido, o me encargaré de darle al señor esta dirección antes de que remates la faena.

—¿Oiga? ¿Tiene algún problema? —preguntó con inquietud la voz del móvil.

Por primera vez, La Juana reaccionó con miedo. Miraba amenazante a su hijo, como quien quiere evitar la trastada de un crío. Si Juan estallaba, pero no mataba a Matías a la primera, aquel cabrón tendría tiempo de sobra para delatarla. Aquellos dos personajes constituían un par de bombas que podían

estallarle en la cara, reventarle el negocio y mandarla derechita a prisión. Descubrió que toda esta situación le provocaba una gran pereza. Demasiados riesgos para unos cientos de euros de beneficio. Si lo mataban habría que desembarazarse del cuerpo y, si no lo conseguían, tendrían que hacer frente en tiempo record a los agentes de la policía. Alzó la mano en silencio, objetando todo lo que aquel extraño pudiera decir, como si tan solo con un gesto pudiera silenciar su voz y paralizar cualquier reacción al respecto.

—No, aún no tengo... ningún problema—dijo Matías a su interlocutor, dejando abierta la posibilidad de que efectivamente pudiera tener un problema, en un futuro cercano.

Aquellas palabras fueron demoledoras. La Juana, que comenzaba a sudar de forma exagerada, suavizó el gesto, encorvó con suavidad los hombros y mostró una actitud más conciliadora.

—Mira, creo que los dos hemos tenido un mal día. Tú con tus concesiones y yo con esta mierda de yonquis —susurró, al tiempo que presentaba los dientes como un lobo traicionero—. ¿Por qué no olvidamos los últimos diez minutos? Tú cuelgas y yo te doy lo que vienes buscando.

—Mejor traes el encargo y yo mantengo la llamada como seguro de vida —sugirió Matías, antes de volverse al móvil y decir con voz clara—. ¿Podría esperar un par de minutos más? Le aseguro que a partir de ahí el problema que le comenté antes quedará solucionado.

—No hay problema, señor. Tómese el tiempo que necesite. Estamos encantados de que podamos solucionar su problema.

La Juana bajó los hombros en actitud de derrota y abrió un cajón de la mesa de los negocios. Puso una caja envuelta en una bolsa encima de la mesa.

—Me equivoqué cuando te vi —dijo con voz apagada—. Tienes huevos, y muy bien puestos.

Matías alargó el brazo para alcanzar la bolsa. Una vez que la tuvo en su

poder, se fue alejando sin perderlos de vista, buscando la puerta con la mano opuesta a la del móvil. Al abrirla constató con alivio que el yonqui de antes aún no había vuelto de buscar un nuevo compañero.

Por fin algo de suerte.

Cerró la puerta de la caravana, mientras que pulsaba el botón de finalizar la llamada. Nada más bajar la escalera, el móvil volvió a sonar. Matías la rechazó y comenzó a correr hasta el taxi de *El Agri*. Al meterse en el coche, que esperaba con el motor encendido, observó de reojo que la puerta de la caravana se abría con cautela.

—¡Vámonos de aquí! —dijo Matías al ver salir a La Juana.

El Agri, que identificó la urgencia en el tono de voz, se limitó a mirar hacia adelante y cumplir con lo que se le decía. Había vivido muchas situaciones parecidas para saber que era momento de actuar, no de preguntar.

Por un breve espacio de tiempo, las miradas de Antonio *El Agri* y La Juana se cruzaron. Allí estaba ella, ocupando el umbral de la puerta de la caravana, con su dignidad dolida, aunque sin querer demostrarlo. Mirando el coche mientras que impedía que su hijo Juan saliera. La conocía bien y sabía lo que significaba aquella actitud. Su expresión corporal le sugería que ya no había prisas, que todo había acabado. Un buen contrincante sabía reconocer cuando la partida estaba perdida, y esa mujer estaba demostrando que sabía hacerlo. Al menos por el momento.

El móvil volvió a sonar y Matías comprobó con cierto fastidio que era el mismo número de las otras dos llamadas.

—¿Señor Ariza? Le llamo de nuevo de su banco. La llamada se ha cortado.

—No se ha cortado. Yo he colgado porque no tengo dinero para pagarles.

—Pero hace un rato nos ha dicho que podría regularizar su situación con un pago por tarjeta. Le recordam...

Matías colgó y apagó definitivamente el móvil. Se sorprendió al descubrir que no había tenido ningún reparo en usar la línea de atención al cliente de su banco para protegerse. Había engañado a La Juana y a aquél pobre tele operador del banco. Aquello no era propio de él y sabía que no estaba bien. Pero tal y como alguien le dijo recientemente

La vida no es justa.

V. La Plaza Manuel Becerra.

Matías Ariza había vivido más sobresaltos en sus últimas horas que en el resto su desgraciada vida. De regreso, aun en la cunda, miraba por la ventanilla la intensidad de la lluvia, pero de una forma distraída. En realidad, su cabeza pensaba con nerviosismo en todas las eventualidades que podían producirse. No paraban de surgir nuevas dificultades. Opciones, problemas, más opciones, más problemas. Quedaba una hora para que se cumpliera el plazo y no lo respaldaba ninguna certeza. No tenía ni idea de cómo acabaría todo.

En seguida cayó en la cuenta de que tenía una caja de unos cuarenta centímetros, envuelta en una bolsa y encima de las rodillas. La urgencia con la que huyó de aquel lugar, de la *oficina* de La Juana, hizo que no hubiera tenido un segundo para pensar en ello. El peso del paquete era mayor de lo que aparentaba y cuando la inclinaba podía notar como el contenido se movía en su interior.

Desembaló la caja y la abrió. Contempló con mezcla de miedo y curiosidad que contenía una pistola semiautomática. Él no sabía nada de armas. No sabía lo que era una HK USP Compact 9mm, por mucho que fuera el arma reglamentaria de los cuerpos de seguridad. Tampoco albergaba la menor idea de cómo funcionaba. Tal vez por este hecho prestó especial interés a un esquema básico de funcionamiento, que alguien había metido en la caja. Era un esquema bocetado y un poco confuso y, al no entender demasiado, terminó por descartarlo. Se guardó la pistola en la espalda, sujeta con el borde del pantalón vaquero, tal y como siempre hacían en las películas. Definitivamente, la situación era cómica.

La cunda estaba a punto de llegar al punto de inicio en el aparcamiento de la estación de cercanías.

—Por favor, si no te importa para y déjame en la boca de metro —pidió al *Agri*, señalando a una entrada del suburbano, que se encontraba a unos doscientos metros del aparcamiento.

—Vale. Una cosa más. Sabes que pueden venir a hablar conmigo. Espero que comprendas que no voy hacerme el loco. No me malinterpretes: no soy un soplón y pareces buen tío, pero si la poli viene buscando guerra tengo que darles algo para apaciguarlos.

—No te preocupes. Lo entiendo. Creo que podré apañarme. Gracias por todo.

Matías bajó del coche y entró en la boca de metro. Al bajar la escalera se detuvo y sufrió un ligero desvanecimiento, que le hizo apoyarse durante unos segundos en la pared. Sintió el alivio de poder respirar tranquilo un instante, sin ningún otro objetivo que centrarse en su respiración y olvidándose de todo los demás. Pero en seguida volvía aquella sensación de malestar, que lo empujaba y no lo dejaba descansar. Esa terrible sensación de no estar cumpliendo con su obligación.

¿Qué haces aquí descansando si aún no estás con Natalia?

Miró la pantalla de información y comprobó que aún quedaban tres minutos para que el tren llegara. La estación de metro era de un blanco intenso, que contrastaba con la silueta de los viajeros, y totalmente opuesta a la suciedad que exhibía la zona superior, que correspondía a la estación de cercanías. Atravesó los tornos y bajó las escaleras mecánicas, que desembocaban en los andenes.

De repente, Matías se asustó. No había terminado de bajar la escalera cuando un joven se precipitó, corriendo hacia él. Sintió un latigazo de vértigo, que le recorrió el cuerpo. Se llevó las manos a la cara, en un acto instintivo de defensa, para protegerse del previsible ataque que iba a sufrir. Al llegar límite de la escalera mecánica, notó como se desestabilizaba y se obligó a mirar para no caerse. Con sorpresa comprobó que el joven había pasado por su lado hasta coger las escaleras contrarias. Tardó un par de segundos en reaccionar y tranquilizarse. ¿Qué pretendía hacer ese joven? Había visto claramente la intención de hacerle daño y de repente no lo hizo. Un instante después, cayó en la cuenta de que estaba bloqueando las escaleras. La gente lo fusilaba con la mirada mientras pasaban a su lado. Se sentía extraño. A su cabeza acudían cientos de ideas relacionadas todo lo que acababa de vivir: el chaval que intentó agredirlo, la gente que lo miraba.

Matías, no te obsesiones.

El aviso del metro lo sacó de sus pensamientos. Se apresuró a alcanzar el transporte, como si no fuera a llegar otro, y entró en el tren justo antes de que la puerta se cerrara. No quedaba ni un solo asiento libre, pero el vagón aún conservaba bastante espacio. Llamó su atención un viajero que iba sentado, con la calva rapada, pensativo, cabizbajo. Si no fuera por la ropa envejecida que vestía, hubiera pensado que se trataba del matón que ayudaba a la Mujer de Mirada Fría, el tío del Taser. No podía ser, pero aun así su rostro era idéntico.

Un frenazo del vagón hizo que alguien por detrás lo empujara.

Matías se giró, malhumorado por el atropello, y una mujer se disculpó. Cuando volvió la vista de nuevo al viajero calvo, ya no era el mismo. Su rostro era otro. Era como si le hubieran realizado un trasplante de cara en tiempo récord. Todo era bastante raro. Aquel momento hizo que tomara consciencia de que estaba alcanzando su límite. Sabía que estaba extremadamente cansado, pero no podía fallar. Ahora no. Además, sentía que aquel cansancio no lo dejaba inactivo. Era más bien una sensación nerviosa, una certeza, de que su cuerpo ya no poseía fuerzas suficientes para el despliegue físico que estaba haciendo. Pero aun así debía continuar.

Miró el reloj y suspiró. No quedaban más que 45 minutos para la hora límite y tan solo iba por la mitad del camino. ¡Bendito camino!

El Agri había rodeado la rotonda, que daba paso a la entrada del aparcamiento de la estación de cercanías, y se disponía a buscar una plaza donde estacionar. Situó el coche en la zona más frecuentada por los yonquis, como anunciando que ya estaba disponible.

Atención señores viajeros, el autobús con destino yonkilandia está en su dársena.

Conforme salía del vehículo experimentó un acceso bestial de hambre y recordó que, con todo lo que había ocurrido, no había almorzado. Eran las

cuatro pasadas y tenía un hambre que movía montañas, así que decidió acercarse al McDonald's cercano para tomar algo. En su día la zona fue un sitio de referencia para su *actividad empresarial*, pero en la actualidad estaba en declive. Esa decadencia podía parecer un factor negativo. Sin embargo, le otorgaba ciertas facilidades. La mayoría de las cundas operaban por Embajadores —dejando aquella zona casi en exclusiva para él— y eso hacía posible que llevara una actitud más relajada la hora de captar clientes, mientras que en la glorieta, los conductores se mataban entre ellos para llenar el coche.

—Vengo en diez minutos. Podéis hacer cola que en cuanto estéis suficientes nos vamos —dijo El Agri al primer cliente que se le acercaba.

Pero el yonqui no se limitó a asentir y cumplir con las órdenes, sino que miró detrás de él y, con gesto de pánico, salió despavorido en dirección contraria. El Agri se giró con rapidez. Antes de completar una maniobra que le permitiera escapar, el agente Adrián López, acompañado de la agente Silvia Navarro, habían hecho lo necesario para impedirlo.

—Antonio El Agri. ¡Cuánto tiempo sin verte! ¿El año pasado? —dijo el agente López, con una mano en el hombro del cundero.

Antonio *El Agri*, se limitó a guardar un cauteloso silencio y mirar a la nada. Tenía el semblante serio, pero guardaba la compostura ante la situación que le esperaba. Los tres sabían sobre quién iba a tratar la conversación que comenzaría en segundos, pero El Agri no iba a iniciarla. Es cierto, le advirtió a Matías que irían a por él, que no tendría más remedio que dar información, pero no le agradaba la idea de colaborar con la policía, y menos para dar con alguien tan inofensivo como *El Pipiolo*.

—Mira *Agri* —le comentó la agente Navarro en tono cómplice— no hemos venido a joderte el negocio. No te metes en la jungla de Embajadores, aquí estás casi solo y mantienes el orden. Podemos decir que cumples con una función social. Solo nos interesa saber dónde has dejado a ese hombre. Nos han dicho que lo recogiste y el control del poblado te vio salir de allí con una persona. Sabemos que no te vas de la lengua, pero aquí está pasando algo raro y ese tío necesita ayuda.

El Agri se quedó mirando a la carretera mientras pensaba en silencio. Esperaba que el juego se hubiera prolongado un poco más. Normalmente la jugada consiste en que uno de los dos agentes te vacila varias veces, te pone en una situación incómoda y, cuando ya estás alerta, llega el otro y se pone sincero y comprensivo. Sabía que después del *poli bueno y poli malo* comenzarían los malos rollos: dame los papeles del coche, cuantas veces viajas al poblado, para qué vas tanto y así la amenaza iría creciendo de forma tácita con cada pregunta que le hicieran. Inhaló con profundidad y respondió soltando el aire al mismo tiempo.

—No pued...

Se rascó la parte posterior de la cabeza, mientras observaba la cunda que traía de regreso a los clientes colocados, donde pasarían la tarde en ese estado hasta que tocara iniciar un nuevo viaje. Un monumental enfado pinchó su ego. Había subestimado al control policial, cuando salían del poblado. Se había expuesto demasiado y ahora aquel dúo le pedía explicaciones. No le costaba ningún trabajo hablar, quitarse el marrón de encima, pero cierta simpatía hacia el pipiolo hacía que se resistiera. Aquel tipo no era el típico individuo que se desenvuelve en el mundo de la droga.

—*Agri*, por favor, no nos hagas meterte un marrón —suplicó con paciencia la agente Navarro.

Él la miró a los ojos de una forma pasiva, aceptando lo que le esperaba. No sabía bien por qué, pero delatar a aquel individuo se le antojaba como delatar al mismísimo Jesucristo. Algo había, en cómo hacía las cosas, en la desesperación en la que se encontraba, que reflejaba que Matías no hacía nada mal, con independencia del jaleo en el que estuviera metido.

—¡Ay *Agri*, *Agri*! —regañó el agente Adrián López— que ahora resulta que tiene conciencia...

En aquel momento una voz cacillera de mujer interrumpió el reproche policial.

—¡Hola *Agri*! —dijo La Reme, que mostraba un colocón que no se tenía en pie— ¿Y el *Pipiolo*? ¿Al final lo llevaste a Manuel Becerra?

—¿Manuel Becerra? —repitió la agente Navarro al detectar la mirada de *El Agri* e inmediatamente se dirigió a su compañero.

—¿Manuel Becerra? —repitió la agente Navarro, alternando la mirada entre los dos individuos. Primero, examinó con rapidez al *Agri*, encontrando un deje de fastidio en un rostro. Luego se centró en los ojos perdidos de La Reme, que sufría la falta de agudeza propia de quien está experimentando un colocón de los que hacen Historia. Aun así, notó que exhibía el gesto frustrado. El típico gesto del torpe que advierte su error. No había ni media referencia a Matías, pero aquellos gestos eran suficientes, pequeños matices que confirmaban sus sospechas. Un leve atisbo que, a pesar de ser tan ligero, era una confesión en toda regla.

—¡Adrián, a Manuel Becerra!

Los dos policías se dirigieron al coche patrulla sin tiempo de advertir la mirada de reproche que *El Agri* le lanzaba a La Reme, o el abatimiento desorientado que sentía ésta. Mientras que su compañero conducía, la agente Navarro en el fondo se sintió aliviada. No le hubiera agradado presionar a aquella desgraciada en semejante estado. Agradeció que la situación se hubiera desencallado. Puede que aquel reducto humano que se congregaba en los alrededores de la estación no fuera de ciudadanía ejemplar, pero ella no era quién para juzgar a aquella gente, que había perdido su norte, que había perdido su vida.

Luego estaba *El Agri* que, por alguna razón, había demostrado cierta nobleza con el sospechoso. Aunque todo pensamiento positivo que pudiéramos tener hacia él, quedaba anulado por el hecho de que a diario hacía negocio con la desgracia de aquella gente. Pero en aquel momento, esa no era su guerra.

Cuando Matías Ariza salió del metro en la Plaza Manuel Becerra, era una tarde plomiza en la que caían gotas como puños. Quedaban tan sólo tres minutos para que terminara el plazo. ¿Qué iba a pasar? ¿Qué haría a partir de ahora? Estas dos preguntas le hicieron caer en algo que hasta ahora había realizado de una manera instintiva. Desde que recibió “el encarguito” de matar a Abel, se había dirigido de forma automática a la residencia que la Gran

Bruja tenía en la plaza, haciendo esquina con la calle Francisco Silvela. Esa dirección era su único punto de referencia y allí iría.

Atravesó la calle y, tras cruzar la isleta donde paraban los autobuses, llegó a la parte opuesta de la plaza. Cuando Matías se disponía a cruzar la calle Doctor Gómez Ulla el corazón le dio un vuelco.

Allí estaba.

Frente a un puesto de flores —a los pies de la Iglesia de Nuestra Señora de Covadonga— se encontraba Natalia, su Natalia, acompañada de la Gran Bruja, que la protegía de la lluvia con un paraguas enorme. De repente, Matías estaba paralizado, conmocionado. Un estremecimiento lo recorría y no le permitía reaccionar más que para llorar de forma desconsolada, sin rabia, sin resentimiento, solo con dolor, como un niño que hace pucheros después de caer al suelo.

De pronto, una sirena policial lo desbloqueó del estado en el que se encontraba, o al menos hizo que se moviera. Entre lágrimas, vio como el coche patrulla llegaba desde la calle Doctor Esquerdo. Con ritmo apresurado y sin apagar la sirena, el agente Adrián López paró en una esquina de la calle Alcalá. Efectuando movimientos casi sincronizados, él y la agente Navarro, salieron del coche patrulla.

Matías no tenía tiempo que perder e inició de nuevo el paso, cruzando la calle, para llegar hasta la niña. Le dolía el cuerpo y tenía las manos agarrotadas de apretarlas. Llevaba luchando todo el día contra circunstancias que la mayoría de la gente no tendría que afrontar en su vida. Y había salido adelante. Aun así, no había conseguido completar el objetivo que perseguía desde el principio. ¿Salvar a la Gran Bruja? ¿Impedir que Abel se metiera en un lío?

A la mierda con ellos, lo importante es la niña.

—¡Natalia! —gritó aún muy lejos y sin posibilidad de que la muchachita lo escuchara. Estaba distraída y con gesto serio, bastante concentrada mientras olía una planta de hierbabuena, al lado de su abuela. Y allí estaba ella, La Gran Bruja, con aquel gesto cínico que siempre exhibía en la cara. Intentando

que la niña cambiara su atención a la típica planta llamativa, que solo compraría quien quisiera presumir de poder hacerlo. Y ninguna de las dos daba señales de haberlo escuchado, pero Matías notó que, cerca de la Gran Bruja, a unos metros de distancia, alguien sí había advertido su presencia.

La Mujer de Mirada Fría lo observaba y, por primera vez, notó que su rictus impenetrable se había resquebrajado. Era como si de repente, esa mirada azul —gélida—, ya no pudiera más. No intentó avisar a nadie, ni siquiera le habló, tan solo lo contemplaba, en mitad de la plaza, con inmensa tristeza.

Matías dejó a un lado la imagen de aquella mujer y dirigió su atención a la niña.

Corre y actúa.

Abusando —una vez más— de las pocas fuerzas de las que disponía, aceleró el paso. Se limpió, con la manga corta de la camiseta, el exceso de mucosidad que causaba el lloro, pero la camiseta ya estaba empapada por la lluvia. Sentía en la boca el sabor metálico de la sangre. Tenía pinta de que, al gritar, se había hecho daño en la garganta.

Corre.

Un paso tras otro en lo que ya no era un caminar acelerado. Era incluso más que un trote. A punto estuvo de tropezar con un charco, en un socavón que se encontró en el suelo, pero la propia inercia le hizo seguir adelante. Tenía los ojos escocidos en lágrimas y no podía ver bien. Se pasó una vez más la mano por la cara para limpiarla y...

Un latigazo como el de la mañana recorría otra vez su cuerpo.

Volvió a sentir aquella dolorosa descarga eléctrica, que lo hizo caer al suelo, que tensó sus músculos en aquella punzante epilepsia y que le hizo estar inconsciente un par de horas. Pero esta vez no iba a rendirse y perder el conocimiento. Esta vez, iba a seguir luchando.

Resiste un poco más.

Allí estaba él, tendido en el suelo mojado, reventado e inerte por el cansancio. Arrastrándose como una babosa y concentrando la vista en su hija. Viendo con desconcierto como por detrás de él surgía la figura de su hermano, adelantándolo, sin prestarle atención. Advirtiendo como Abel llevaba en la mano una pistola, igual a la suya, y que su única obsesión era llegar a la Gran Bruja. Temiendo por la vida de su hija, cuando la ve encararse al pistolero, gritando algo que Matías no podía entender. Sintiendo como sus fuerzas llegaban a su fin.

Resiste un poco.

Vio como los agentes Navarro y López se acercaban cada vez más a su hermano. Para espanto de Matías —que ya no podía moverse— Abel intentó apartar a Natalia para encañonar a La Gran Bruja. En aquel instante la niña intentó desarmarlo, comenzando un forcejeo que no duraría mucho. A Matías le pareció escuchar que Natalia lo llamaba, pero él ya no se movía. Abel, aun forcejeando, intentó apuntar a su objetivo y, aunque con torpeza, consiguió disparar. El resultado fue un balazo al aire, sin posibilidad de herir a nadie.

Resiste.

Lo último que Matías pudo ver, antes de perder el conocimiento, fue como los agentes —los mismos que lo habían perseguido durante todo el día— reducían a su hermano Abel y dejaban a salvo a la niña... con la Gran Bruja.

V. Vivir como antes.

Matías Ariza recobró la conciencia de donde estaba, mientras sostenía con fuerza el cuello del enfermero, que permanecía tan sumiso como un *lameculos* de oficina.

No había necesitado más que unos segundos para dar un repaso global a la historia, pero con la rapidez de la situación y con su posterior ingreso, no había tenido tiempo hasta ahora de plantearse ciertos condicionantes. No sabía que había pasado con Abel, ni en el estado en el que se encontraría. Desde aquel día en la Plaza Manuel Becerra no había vuelto a tener noticias suyas. Otro motivo de preocupación. Otro más. Sí, su hermano era un capullo, pero era su hermano. Además, después de lo que había intentado, Matías lo imaginaba en una posición bastante complicada, de la que dudaba mucho que la Gran Bruja lo dejara escapar indemne.

Pero todo aquello tendría que esperar. Su hermano le preocupaba, pero en aquel momento, lo único realmente importante era reunirse con Natalia. Ya se preocuparía de cómo permanecer a salvo. Y para poder completar ese objetivo, tenía que superar el *pequeño inconveniente* que resultaba estar frente a una barrera de celadores, un mar de enfermos mentales y un psiquiatra con la única idea de encerrarlo, todo eso en el marco incomparable del centro de salud mental más importante de España, con la seguridad adicional que eso suponía.

Además, estaba el tema de su estado físico. Su cabeza era la batería de *Sing, Sing, Sing*, el tema de Benny Goodman. Su agudeza visual en aquel momento era la equivalente a alguien que necesitara corregir unas cincuenta dioptrías de miopía e hipermetropía, al mismo tiempo. Además, notaba que el cuerpo se relajaba de forma involuntaria, sentía con preocupante certeza que en cualquier momento pudiera desplomarse. En definitiva, si todo aquello fuera una partida de cartas, no tendría más que una pareja de cuatros. Su única baza, era la vida de aquel enfermero, si le importaba a alguien. Si lo pensaba bien era para partirse de la risa: dependía de que aquellos hijos de puta sintieran piedad, por la persona que había permitido que Matías escapara del centro psiquiátrico, del centro que lo recluía para esconderlo. No tenía muy

claro como influiría este hecho en el estado de ánimo del doctor Mellado, ni si era el propio psiquiatra quien tenía la facultad de decidir si el celador vivía o moría.

—Bueno Matías —intervino el doctor Mellado— ¿Qué has pensado al respecto? ¿Cómo ves tu situación?

—Doctor, he dicho todo lo que tenía que decir y no pienso negociar nada. Quiero salir de aquí, quiero a mi hija y quiero que nos dejen vivir en paz.

—Las cosas no son tan sencillas y en el fondo tú lo sabes. Has vivido mucho desde el día en que... viste por última vez a Natalia. —Notaba que el doctor Mellado elegía cuidadosamente sus palabras, para no incomodarlo demasiado. Era eso lo que le enfermaba de aquel hombre: su falta de sinceridad.

—Doctor, deje ya su bendita condescendencia —dijo Matías notando que a cada frase que pronunciaba, liberaba más la tensión que estaba reprimiendo—. No voy a negociar la situación. Quiero vivir con mi hija como lo he hecho hasta ahora. Quiero recuperar nuestra vida. Es así de sencillo.

—Sabes que nunca más vas a poder tener la relación que tenías con Natalia.

Las palabras de aquel psiquiatra —o tal vez el temor de que llevara razón—, hizo que Matías estallara, rechazando aquella posibilidad, aullando negativas, retorciendo aún más el cuello del enfermero, mirando totalmente enfurecido a aquella masa de gente, que se interponía entre él y su hija. Estaba fuera de sí, gritando al borde de la extenuación frases carentes de sentido, en las que ponía toda el alma, pero que no eran más que desvaríos.

—¡Tú no puedes decir, tú tienes derecho! ¡Mi hija y yo! ¡Os mato! ¡No puedes decir!

—¿Matías, tranquilízate y suelta a Jaime —imploró Mellado con un tono más sincero.

Mellado ya no reflejaba esa actitud de *tú dime lo que quieras, que yo te*

responderé lo que tú quieres oír. Por primera vez daba la sensación de estar más nervioso de lo que la situación exigía. No parecía capaz de reconducir a Matías, que comenzaba a llorar nervioso, con triste desconsuelo. De pronto, el doctor Mellado se echó la mano al bolsillo de la chaqueta y sacó el móvil para contestarlo.

—¿Sí? —respondió dubitativo sin perder de vista a Matías—. Po... por supuesto, háganla pasar inmediatamente.

El psiquiatra respiró profundamente antes de pronunciar alguna palabra. Se notaba que la llamada lo había tranquilizado en cierta medida.

—Verás Matías —otra vez ese irritante tono de control— sé que es muy difícil para ti asumir la situación, pero voy a pedir un esfuerzo adicional por tu parte. Créeme que todo esto no puede encauzarse de otra forma y, bueno, veras...

El doctor Mellado no dejaba de rumiar las palabras que precedían a lo que en realidad pretendía decir, usando circunloquios, sin atreverse a entrar en materia. Finalmente, se armó de valor.

—Ahora tienes que estar tranquilo —dijo el psiquiatra—. No... no hagas ninguna tontería.

De pronto, de detrás de los celadores, se abrió la puerta doble de acceso al comedor. Matías pudo observar con espanto cómo la Mujer de Mirada Fría entraba la sala. Parecía distinta, aunque solo eran matices. Era como si aquella mirada de tristeza, la que advirtió en ella la última vez que la vio, estuviera aún más triste. La observó moverse con cautela, sin dejar de mirarlo, hasta que lentamente se acercó al doctor Mellado que le hizo hueco. Aquella visión fue demasiado para Matías, que lloraba fuera de sí.

—No tienes vergüenza, eh, vergüenza apareciendo aquí —dijo como pudo a la Mujer de Mirada Fría.

—Por favor, deja al celador y deja la situación como está —respondió la

ella.

—¡Noooooooooooo! —un grito desgarrador, un último estertor, salió de Matías en respuesta—. ¡Devuelveme a mi hija!

Se tambaleó por el esfuerzo y, si no hubiera estado agarrado a Jaime, no habría podido mantener el equilibrio. El enfermero murmuraba cosas apenas inteligibles, acerca de que lo dejara libre. Pero Matías solo la miraba a ella. Casi sin tiempo de reacción, como un instantáneo mecanismo causa-efecto, surgió otro grito, con la misma desesperación.

—¡Tú hija soy yo! —gritó la Mujer de Mirada Fría en respuesta a las palabras de Matías, en una rápida contestación, como un resorte—. ¿Tanto te cuesta ver tus dos trocitos de cielo?

De repente el mundo se paró, con la inercia de un carrusel que acaba el viaje.

Todo quedó plasmado en una fotografía. Un retrato desgarrador. Una instantánea melancólica. Una mujer víctima de una tensión que ya duró demasiado. Una expresión triste pero aliviada, por haber soltado algo que ya guardaba demasiado tiempo. Unos ojos azules que lloraban y que ya no sabían guardar la distancia. Tan solo en aquel momento, Matías se desplomó en el suelo, sin consciencia, como consecuencia de lo que no había podido —o no había querido— descubrir en aquellos ojos. Vio momentos de ternura. Vio tardes de juegos. Vio abrazos infinitos. Vio a su hija.

Y eso fue demasiado para él.

Una semana después, Natalia Ariza se apresuraba por uno de los pasillos del Hospital Psiquiátrico de San Carlos, camino del despacho del doctor Mellado. Había sido una semana extraña. Años deseando que su padre superara aquel estado, pero por la rapidez y modo en que se rebelaron los hechos, tenía la sensación de que nada hubiera ocurrido.

Se esforzaba por mantener a raya miles de sentimientos. La prueba por la que había pasado hubiera podido reventar la inteligencia emocional de cualquiera. Era algo parecido a una ilusión-enfadada-pero-a-la-vez-temerosa-donde-la-vergüenza-también-cabía. Todo acompañado con un ligero aderezo de confusión, que concluía en un *que pase lo que tenga que pasar*.

A pocos metros de su destino, sentía su corazón a ritmo de locomotora del siglo XIX, y sabía muy bien que no eran las prisas. Agarró el pomo de la puerta y se dispuso a abrir, pero en seguida cayó en la cuenta de que ni siquiera había llamado. Se miró la mano y la descubrió temblando. Pensó que sería una buena idea tomarse un momento para respirar. Estaba abrumada e incluso, hasta ese momento, no se había percatado de que llevaba un rato llorando. Así que miró al suelo encerado, con el que casi resbaló al llegar, respiró profundo, se secó las gotas que aún resistían en el lagrimal y tocó a la puerta.

—Pase —dijo la voz del doctor Mellado desde dentro.

Natalia abrió la puerta y entró en aquel espartano despacho. Desde que cumplió la mayoría de edad, y tomó la iniciativa de interesarse por su padre, no entendía cómo aquel reputado doctor no tenía un despacho más cuidado. De hecho, parecía una consulta funcional de urgencias: una mesa, una silla, una estantería con varios libros y una ventana al exterior. Todo de un blanco y pobre estilo de cuarto de baño.

Allí sentado se encontraba aquel personaje de gafas redondas, siempre controlando la situación, midiendo sus palabras, inspirando cualquier sentimiento menos la confianza, pero que había conseguido que su padre volviera. Apoyado sobre la mesa, y con la barbilla sobre una mano, el doctor Mellado miraba fijamente a Natalia, mientras que ésta tomaba asiento.

—¿Y bien? —dijo él con cierta teatralidad para que ella se soltara un

poco—. Supongo que llevarás una semana de muchas reflexiones.

—No estoy segura —dijo Natalia—. Teniendo en cuenta que aún no sé cuándo mi padre dejó de adoptar la personalidad de mi tío para montar el jaleo que montó. En teoría el problemático era mi tío Abel.

El doctor Mellado se levantó y reflexionó unos segundos con gesto ausente, mientras miraba la ventana.

—Misterios de la personalidad múltiple. Una misma persona, pero caracteres tan distintos —dijo volviendo la cara hacia Natalia—. Y el caso de tu padre tiene unos condicionantes que lo hacen mucho más complicado. No es fácil encontrar una personalidad ficticia que asuma en exclusiva el control durante una década y que, después de tanto tiempo, la personalidad original sea capaz de volver a emerger. Después de las últimas sesiones con tu padre, empezamos a tener claro el motivo por el que comenzó a luchar. Y ahí, tú tienes un papel importante.

—Yo —respondió Natalia a su pesar.

—Sí, pero para ello tenemos que observar los acontecimientos desde un punto de vista un tanto especial. Tenemos que remontarnos a la última semana en la que tu padre aún mantenía el rol de Abel. Acuérdate de la última sesión conjunta en la que participaste. Abel había estado especialmente provocador contigo, llamándote traidora, echándote en cara que dejaste a tu padre tirado.

—Sí, lo recuerdo. Consiguí sacarme de mis casillas —Natalia guardó silencio—. Dije cosas que no tuve que decir.

—Al contrario, Natalia. Afortunadamente lo hiciste. ¿Recuerdas lo que le dijiste?

Natalia un tanto avergonzada, pero con cierta extrañeza por lo que el doctor le comentaba, reflexionó unos cuantos segundos.

—Bueno, me pilló con la guardia baja. Él me dio demasiado duro —dijo con la voz entrecortada por la amargura. Hizo un silencio y quedó cabizbaja.

—Natalia, nadie está aquí para juzgar lo que dijiste —otra vez ese tono de aséptica hipocresía—. Además, de una forma u otra, funcionó e hizo que se moviera una situación que llevaba más de una década encallada.

Ahora era fácil mostrarse comprensivo, pero lo cierto es que el doctor Mellado se tomó muy mal la reacción de Natalia a las provocaciones de su inexistente tío. Ni siquiera intentó comprender el error propio de una hija desgastada, sino que directamente la hizo responsable de haber provocado un daño irreversible. Y ahora se descolgaba con aquella mierda de no juzgar a nadie. Notaba cómo la culpa que había sentido en aquel momento se transformaba en rabia, pero estaba cansada y no tenía ganas de iniciar más contiendas. Así que miró al doctor con aquel gesto de inexpresiva apatía, aquel gesto que hizo que una vez, aquel hombre que ahora la miraba, la bautizara con el apodo de la Mujer de Mirada Fría.

—Sé perfectamente que nadie tiene que juzgar nada. Y soy consciente de mis palabras y no me arrepiento, aunque al final no hubiera salido bien. Sí, le dije que no estaba conmigo, que mi padre no me acompañaba porque había dado vida a un hermano que no era nadie, un hermano al que, de una vez por todas, debía matar.

El doctor Mellado no contestó la recriminación implícita que había en la respuesta de Natalia y prosiguió con su explicación:

—Y precisamente aquellas palabras, de alguna forma, hicieron que la personalidad de tu padre volviera a aflorar, mezclando el pasado con aquellas palabras y creando una realidad alternativa. Un plano alternativo que le permitía conectar con su último recuerdo consciente, salvando los años de desconexión en los que Abel tomó el mando.

—Ya. ¿Y ahora qué? ¿Qué podemos esperar a partir de ahora?

El doctor Mellado resopló y juntó las manos por las yemas de sus dedos, al tiempo que esbozaba una insegura sonrisa.

—Creo que hasta los mejores expertos en desdoblamiento de la personalidad dudarían. Ni siquiera tengo claro que la medicación que le hemos suministrado durante todo este tiempo vaya a seguir vigente. Está claro

que entramos en un terreno en que el procedimiento lo marcará la experiencia del día a día. Todo nos hace pensar que evoluciona favorablemente, pero hemos de estar preparados para cualquier eventualidad.

V. Conocerse de nuevo.

Matias Ariza estaba sentado en el banco que enfrenta la fuente del jardín, en el Hospital Psiquiátrico de San Carlos. Después de mucho tiempo se sentía aliviado. Con mejor o peor resultado, todo llegó a su desenlace y no quedaba demasiado en la cesta de asuntos pendientes que sintiera pesado. Podía parecer contradictorio, pero haber tocado fondo —haber viajado a los infiernos y permanecer en ellos durante más de diez años— había hecho que todo pasara. Ya no había nada que defender, todo se había perdido. Y ese hecho, aunque amargo, le proporcionaba la tranquilidad que no tuvo mientras quedó algo por lo que luchar. Era como los cartelitos aquellos que invitaban a sonreír porque *las cosas no pueden ir a peor*.

El sol brillaba con fuerza en el jardín y eso le gustaba. Desde aquel día, notaba que los días lluviosos lo ponían melancólico. Por esa razón, ya que llevaba un mes tranquilo y disfrutando de su personalidad perdida, salía a disfrutar de los días soleados del verano que apenas comenzaba. No hacía nada fuera de lo común. Tan solo se sentaba en el mismo banco de siempre y reflexionaba. Hacía un repaso de todo lo ocurrido, procurando pasar de puntillas sobre todo lo incierto o dañino, como su inexistente hermano.

Era muy extraño. Por muchas conversaciones que había tenido con el doctor Mellado, y aunque comprendía perfectamente la situación, le dolía de una forma abrumadora la ausencia de su hermano. Pero esa sensación no era cercana al duelo por la muerte de un pariente. Era más bien la que se siente cuando alguien cercano te abandona y se marcha muy lejos. En varias sesiones su psiquiatra lo había advertido sobre ello. Debía centrarse en matar a Abel, no en alejarlo, puesto que quien se aleja puede regresar algún día y Matías no podía permitir esa circunstancia.

Los muertos, muertos deben estar.

—Me alegra verte disfrutar tan tranquilo —dijo Natalia desde su espalda, interrumpiendo sus pensamientos.

Matías volvió la cabeza, sin levantarse del asiento. Tenía los ojos

húmedos y el rostro afectado por la sorpresa. Hizo el ademán de levantarse, pero Natalia le indicó que se mantuviera sentado. Una vez que ella también lo hizo, los dos se abrazaron con fuerza. Era un intento de condensar todo aquel tiempo sin verse, sin poder disfrutar de la relación que hace tanto tuvieron. De repente, Matías ya no sentía la compañía de todas aquellas circunstancias oscuras, que acompañaban sus pensamientos. No tenía que hacer ningún esfuerzo en no pensar. Sencillamente Natalia llenaba toda su consciencia.

Permanecieron abrazados un buen rato, sin decir nada y bastante emocionados, sin estropear el momento con más palabras. En aquel momento Matías se permitió llorar. Pero ya no había dolor en esas lágrimas, era un lloro de alivio, un lloro de alegría. Por primera vez en mucho tiempo, sentía con fuerza que las cosas podían ir a mejor y aquello lo reconfortaba.

Cuando se separaron, y aun cogiéndose las manos, miró a aquella mujer, aquella hija que ya no era su niña, y se quedó embelesado mientras ella hablaba.

—Mira, me ha costado mucho encontrarlo y aún no puedo dártelo, pero han vuelto a vender tu móvil —dijo Natalia mientras sacaba una edición actualizada del móvil que Matías tenía antiguamente—. No me preguntes porque, pero ha vuelto a salir a la venta.

Matías la seguía mirando fijamente, mientras Natalia le enseñaba el teléfono y le comentaba que las cosas en el aspecto tecnológico habían cambiado mucho. Le contó como internet estaba generalizado y que cualquiera podía buscar todo tipo de información en el teléfono. También le explicó lo que eran las redes sociales y cómo estábamos conectados en exceso, tanto a ellas como a las aplicaciones de mensajería instantánea. Y cuando ya concluía con el aspecto lúdico de poder ver una película en el metro, cayó en la cuenta de que su padre no le prestaba demasiada atención. Mientras la miraba, Matías mostraba un rostro ilusionado, pero al mismo tiempo desconcertado, tal vez de cierta angustia. Natalia guardó un momento silencio, lo observó con una paciente sonrisa y por fin se animó a preguntarle.

—¿Qué te ocurre papá? ¿Voy demasiado rápido?

Matías la miró, guardó silencio y luego desvió la mirada a una extraña

clase de orquídea, que resaltaba en aquella zona del jardín. No observaba la flor, aunque fingía estudiarla hasta el detalle más insignificante. A menudo había fijado la vista en aquella flor, durante toda la mañana, mientras que reflexionaba en todo lo ocurrido, mientras que revivía aquel caluroso día, pero en aquel momento lo hacía tentado una vez más por el deseo de no afrontar una situación incómoda. Al final, reunió fuerzas y miró a su hija.

—No Natalia, no es eso. Pensaba en que sigues hablando demasiado cuando estás nerviosa. Te miro y reconozco a la niña que era mi hija, pero en realidad no te conozco. Y eso me da pena, me da pena... y miedo.

—Ya — respondió inexpresiva, con la vista perdida y apoyando la cabeza en el hombro de su padre —. Tú me dices que no me conoces y yo no recuerdo bien cómo eras.

Se produjo un pequeño silencio, en el que poco a poco fueron elevando las miradas y, en el momento en que se encontraron, comprendieron que la situación tenía cierta comicidad.

—Es como empezar desde cero —dijo ella con una sonrisa jocosa.

—Sí, y supongo que va a llevarnos tiempo — respondió Matías devolviendo la sonrisa.

Tenía cierta ironía, pero hasta aquel momento no había caído en la cuenta de lo que su padre había envejecido. Era la misma cara de cuando era cría, pero el tiempo había introducido ciertos matices en forma de leves arrugas, ciertas pinceladas grises en su pelo y algo menos de frescura en su piel.

Mientras aun lo miraba, inclinó hacia un lado la cabeza e ignoró los detalles, centrándose en el cuadro completo. Una sensación de ternura la hizo estremecer, al recuperar sensaciones de antaño. Era su padre, de eso no había duda. Estaba algo envejecido, pero allí estaba, a su lado. Natalia, que en aquel momento ya no mostraba una mirada fría, acarició con la mano la cara de su padre.

—No te preocupes papá, tenemos toda la vida por delante.

FIN.



RAIMUNDO RUIZ (Motril, 1974) Comenzó a estudiar Derecho en la Universidad de Granada, aunque no la acabó. En ese momento pasa a trabajar de consultor informático en 2002, donde más tarde tomará contacto con el mundo de la publicación en Internet. Actualmente reside en Madrid.

Sus comienzos en la literatura se producen de la mano de Internet, donde colabora con varios blogs, centrándose fundamentalmente en la escritura de relatos cortos y críticas cinematográficas.

Con Su Fría Mirada publica su primera novela corta.